BOLSILIBROS BRUGUERA

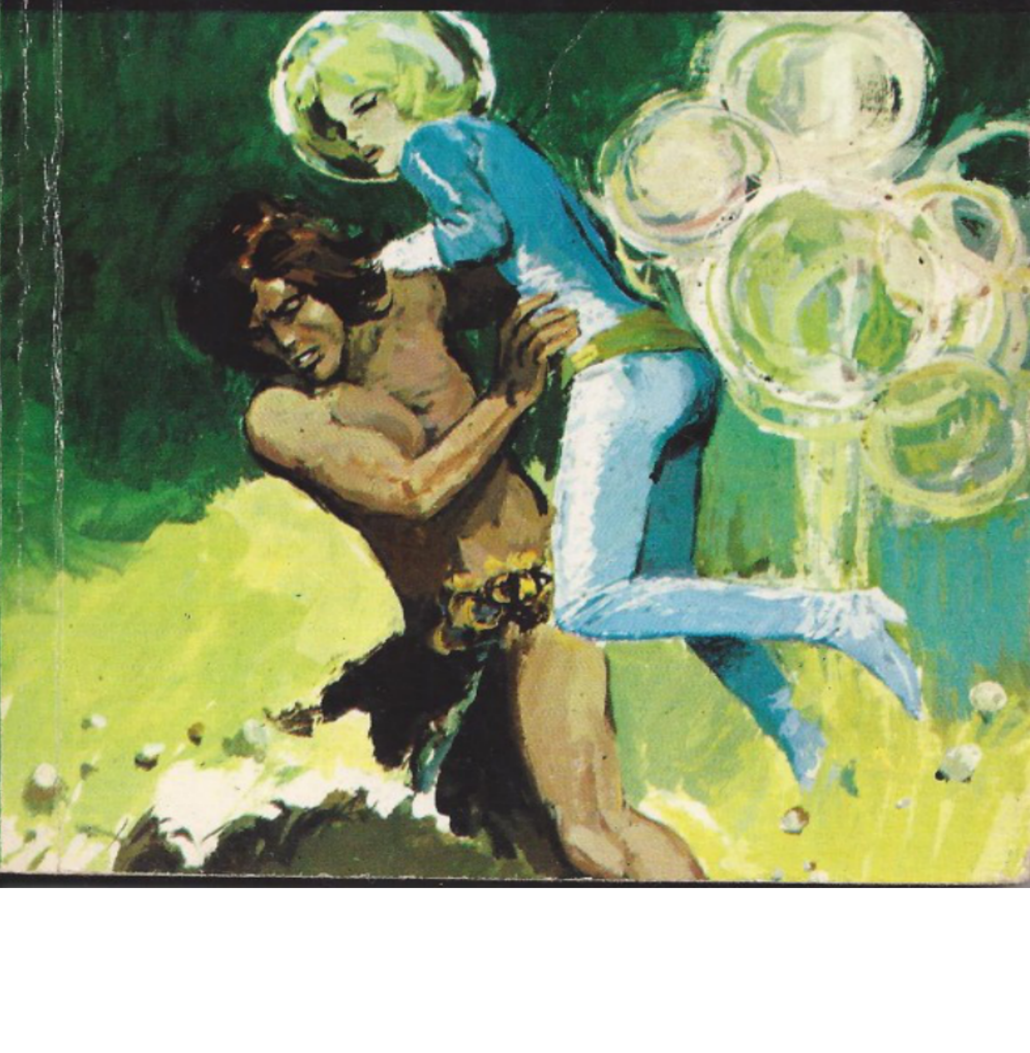
SORTEO DEL MILLON

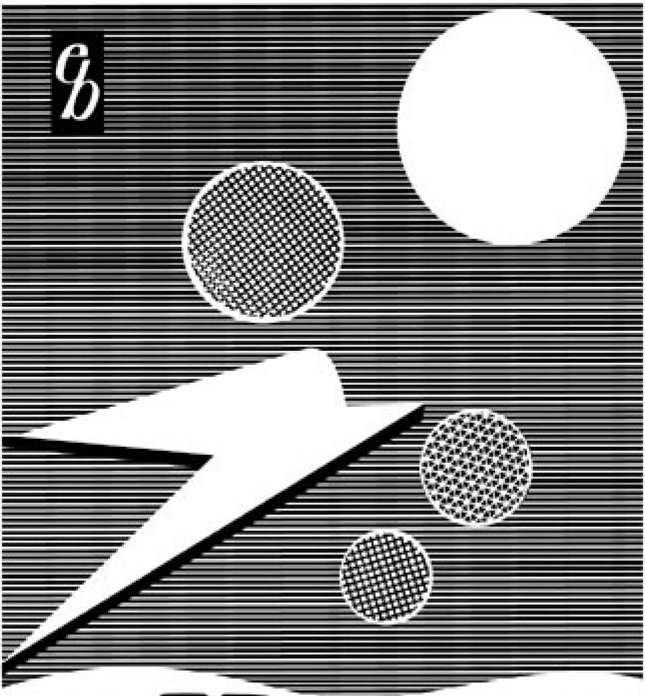
la conquista DEL ESPACIO

DESPUES DEL CATACLISMO

peter kapra

CIENCIA FICCION





LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

160 – Xenofobia, *Curtís Garland*.
161 – Ruta desconocida, *Marcus Sidereo*.
162 – Las estrellas malditas, *J. Chandley*.
163 – La última galaxia, *Curtís Garland*.
164 – La bella durmiente del espacio, *Ralph Barby*.

PETER KAPRA

DESPUES DEL CATACLISMO

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 165
Publicación semanal
Aparece los VIERNES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 33.059 - 1973

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: octubre, 1973

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1973

PREAMBULO

Las Naciones Unidas advirtieron en 1957 las terribles consecuencias de la lluvia de Estroncio-90... ¡El planeta está abocado a su destrucción!

La sociedad tecnificada de últimos del siglo XX y principios del XXI desoyó las angustiosas llamadas de los geólogos, biofísicos y astrónomos, cuyas voces cesaron, bruscamente, cuando la Tierra, cansada de avisar a sus sordos y ciegos pobladores, actuó de acuerdo con leyes cosmogónicas inmutables.

El «bamboleo» registrado por el eje terrestre, acentuado de modo progresivo por los desequilibrios ecológicos, se convirtió en «vuelco».

El más espantoso caos se produjo en casi toda la superficie de la Tierra. Las aguas cubrieron el noventa por ciento de la superficie habitada. Nuevas tierras surgieron del fondo de los océanos. Y la vida animal y vegetal sufrió una espantosa e increíble transformación.

Aniquiladas, pulverizadas, sumergidos sus restos bajo las aguas, las grandes megápolis, orgullo de la ingeniería ultramoderna, desaparecieron, junto con todos sus habitantes, en menos de una hora.

El desastre fue casi total. Se había sobrepasado, con mucho, el punto de equilibrio ecológico, y pese a los esfuerzos de unos cuantos científicos, «vox clamantis in deserto», nada se hizo.

La humanidad sucumbió con toda su grandeza, poderío y saber. La riqueza y el poder se esfumaron, ante la furia ciega de los elementos desatados. La soberbia, la altivez, el orgullo, todo, hasta la piedad, si la hubo, desapareció con el hombre. Sus máquinas se quebraron, sus obras se desplomaron y los cimientos más sólidos de la civilización se desintegraron, como si jamás hubieran existido.

El sol, que aparentemente siempre había salido por el este, quedó como suspendido sobre cierto hemisferio inconcreto, y luego apareció por el oeste.

Y habrían de ser muy pocos los supervivientes que pudieron contemplar esta maravilla.

Se salvaron los mil doscientos habitantes de la colonia lunar, técnicos e ingenieros americanos y soviéticos, que perdieron inmediatamente el contacto con sus bases terrestres e intermedias. Pero quedaban aislados para la eternidad del tronco telúrico desgarrado.

También fueron impotentes testigos de la hecatombe un reducido grupo de hombres y mujeres, pertenecientes al equipo técnico de la

Estación Orbital «Argo-237», en órbita alrededor del planeta torturado.

Y, como desafiando a todas las leyes naturales del universo, se salvaron, además, algunas miles de personas, posiblemente algo más, en diversas y distantes regiones, donde el cataclismo tuvo efectos menos devastadores.

Hubo regiones donde el cataclismo fue total. En cambio, en las altas cumbres del Himalaya, donde no llegaron las aguas, aunque se produjo un terremoto apocalíptico que cambió la configuración orográfica, se salvaron algunas personas. También en África hubieron supervivientes, y en algunas olvidadas aldeas de la cordillera Andina.

Por desgracia, aquellos escasos supervivientes no lograron adaptarse al nuevo ambiente y muchos sucumbieron de hambre en los días que siguieron, porque las despensas naturales del globo habían desaparecido, junto con la industria, el comercio y todo lo creado por el hombre.

¡Incluso desapareció la tradición, la historia y el enigma de los orígenes del hombre!

Después, vino un período de calma. Los técnicos de la E.O. «Argo-237», poniéndose en contacto con la «Base IV» de la colonia de experimentación lunar, decidieron efectuar un reconocimiento sobre el planeta. El examen de las fotografías que obtuvieron los cosmonautas provocó la locura y el histerismo, registrándose un alto índice de suicidios entre los supervivientes.

La Tierra, a juicio de los geólogos, había quedado inhabitable, arrasada e inhóspita. Tratar de volver a ella era una locura. Los mares estaban cubiertos de cadáveres, tanto de seres humanos como de animales y peces. Lo que aquello significaba era obvio: ¡La atmósfera se haría irrespirable, y si alguien había sobrevivido, de lo que no existía prueba alguna, la espantosa epidemia que iba a desencadenarse acabaría con todo!

—Hay que ambientarse a la Luna, o buscar un mundo nuevo para establecernos... si es que queremos seguir viviendo y perpetuar la especie —dijo el coronel Herbert Lery, jefe de Organización de la Base IV, y convertido en líder natural de todos los supervivientes.

La respuesta de más de un centenar de sus subordinados fue el suicidio eutanásico, ante lo cual, el jefe hubo de asumir poderes extraordinarios que se confió a sí mismo e imponer un régimen de vigilancia mutua y unas medidas dictatoriales que le granjearon numerosas enemistades.

Herbert Lery fue asesinado una noche por uno de sus ayudantes, una mujer muy bella, que le administró un activo veneno. Y lo que ocurrió después...

Es, precisamente, la historia que nos ocupa.

CAPITULO PRIMERO

Enni nació en una cumbre, entre las ruinas de una casa que los seísmos derribaron. Su madre, ¡aquel adorable y desconocido ser que le dio la vida!, le alumbró allí, entre agudos dolores. Nadie podía asistirla. Ella lo hizo todo, a pesar de sus debilidades, cortándose, incluso, el cordón umbilical, lavando al pequeño y despertando en él su primer vagido.

Después, la mujer, con su bebé en brazos, se acurrucó a esperar la muerte. Pero ésta no llegó para ninguno de ambos. En cambio, se presentó un hombre, cuyo semblante era el de una máscara. Por su aspecto, aquel individuo cuyas cuerdas vocales se había casi destruido, de tanto gritar, parecía haber regresado del infierno. Y sus ojos, de tanto ver horrores, apenas si podían expresar una mirada de simpatía por la madre y la criatura.

Lo que hablaron, Enni no lo sabría jamás. Apenas, tampoco, si comprendería lo que hicieron. Supo, no obstante, que debía la vida a él, por lo que hizo, después de morir la madre.

Más tarde, cuando Enni ya sabía moverse por sí solo, alimentarse, hablar y comprender apenas que ambos eran supervivientes de una gran catástrofe, el hombre se fue y ya no volvió. Enni comprendería más tarde que, sintiéndose morir, fue a sepultarse solo al fondo de algún abismo.

El sólo había dicho que se llamaba hombre.

—Tú eres Enni, que significa Uno, el primero —esto también lo recordaba el muchacho.

Cerca había un manantial. El hombre había trabajado en la tierra y obtenido una cosecha. Encendió un fuego que nunca dejaba extinguir, y proporcionó el sustento al pequeño, mientras su voz, recobrada apenas, decía a Enni cuanto éste necesitaba saber.

Y, al quedarse solo, Uno, Enni o el Primero, sabía lo suficiente para poder subsistir en medio de las cumbres que le rodeaban. La tierra era fértil y benigna. El arroyo que discurría ladera abajo, después de brotar el manantial, le ayudó mucho. Enni, por otra parte, jamás osó alejarse de la casa en ruinas, donde naciera, y en donde el hombre construyó un refugio para ambos.

Allí tenía el arma de luz, un fusil de láser, protegido en su estuche metálico. Enni sabía manejarlo, pero desconocía su funcionamiento. El hombre que se lo dejó, antes de irse, tampoco sabía lo que había en su interior. Era algo misterioso, de otro tiempo. Enni debía guardarlo junto con un libro de hojas muy finas y letras negras, cuyo sentido y significado ignoraba.

El hombre le había dicho que antes del gran desastre, aquel libro había tenido mucha importancia. Posiblemente, logró hacer entender al muchacho que era el único ejemplar que quedaba en el mundo.

Había otros objetos más, como cuchillos, desgastados de tanto ser afilados en la piedra, herramientas que se iban enmoheciendo, ropas y enseres, hallados entre los escombros de la casa.

El sol se había puesto y salido de nuevo muchas ve-ves. El cielo azul se cubrió de nubes también y la lluvia cayó sobre la tierra en numerosas ocasiones.

Enni continuó allí, sin saber cuál era su destino, ni su origen, olvidado ya el recuerdo del hombre y la confusa idea que guardó algún tiempo de su madre. La tierra siguió dándole alimento. Creció, se hizo grande, fuerte, robusto. La barba empezó a poblar su rostro. El cabello, que jamás cortó, era largo.

Enni ofrecía el aspecto de un ser primitivo, hosco, silencioso y ágil, porque sabía saltar sobre las rocas con singular presteza. Incluso aprendió el contorno de su morada, alejándose con frecuencia a reconocer las colinas próximas.

En una de aquellas excursiones, Enni conoció a Dix, ¡otro individuo de su misma especie, pero que vestía amplios pantalones de hilo sintético, se calzaba los pies con botas y se afeitaba! Aquel hombre era mayor que Enni, pero no pudieron entenderse porque el lenguaje de Enni era rudimentario y el de Dix pertenecía a otra época.

A pesar de ello, después de examinarse a distancia un Largo rato, Dix se acercó a Enni con la mano estirada, sonriendo. En ingles, dijo:

—*That's a wonderfull thing, boy! Who're you? Where coming you from*? (¡Esto es maravilloso, chico! ¿Quién eres? ¿De dónde vienes?)

Enni no respondió. Era como si hubiera escuchado repicar la lluvia o detonar el cielo. Las palabras carecían de sentido para él.

—Tú no pudiste ver la hecatombe —siguió diciendo Dix—. ¿Cuántos años tienes? ¿No sabes hablar? ¡Ah, entiendo! Ni siquiera sé si estoy en mi tierra.

Enni tocó la mano del hombre sin barba. La sintió cordial, cálida, amistosa. Pero Dix se alimentaba de frutos silvestres, raíces y animales que cazaba con cepos.

La carne de aquellos roedores era insípida. Enni la probó, poco después, y la escupió. En cambio, comió raíces y bebió agua.

Así se unieron dos hombres y empezaron a crear un lenguaje para comprenderse. La barba de Enni cayó a los pocos días, segada por la tijera y la navaja de Dix, quien no cesaba de hablar, siempre en su lengua.

También facilitó ropas a Enni. Dijo, a su modo:

—Allá abajo había una aldea destruida por los terremotos. Removiendo los escombros se encuentran esqueletos, pero también

algunas cosas útiles. ¿Quieres que vayamos a buscar lo que nos haga falta?

Fueron. Y regresaron cargados con gran cantidad de objetos que, según Dix, podían serles de utilidad. Durante el largo camino, continuaron hablando, poniendo nombres a las cosas, evocando el pasado de Dix, que era un muchacho cuando el mundo se rompió.

—Yo vivía, con mis padres, en una gran ciudad, llamada «Nei Llor» —dijo una tarde Dix, mientras descansaban en una especie de gruta, hecha de enormes bloques de cemento ahora cubierto de musgo y líquenes—. Lo recuerdo muy vagamente. Había edificios de acero, enormes, altos. Las calles tenían aceras móviles y calzadas donde transitaban vehículos eléctricos, sin ruido.

Enni empezó a saber entonces que el mundo no había sido siempre así. Imaginó, soñó. Y, contemplando el disco plateado de la luna, aquella noche, tuvo una visión maravillosa.

Dix le había dicho algo extraño:

—Antes, habían mujeres y hombres. De la unión de una pareja, -nacían los niños.

¡Y él soñó con una mujer resplandeciente, ataviada con un traje plateado, de bien cuidado cabello rubio, y que llevaba al cinto un pequeño fusil, como el láser que él guardaba en las ruinas de la casa en que nació, y que disparaba una luz invisible!

Ella, la mujer radiante, cuyos labios eran rojos y cautivadores, se llamaba Enni-ra. Y esto le habría de preocupar durante mucho tiempo, ¡porque tenía el mismo nombre que él, pero con una terminación desconocida!

La vio en sueños y escuchó su nombre con toda claridad. Incluso escuchó, su voz clara, diáfana, musical, que decía: «Espérame, Enni; yo iré contigo algún día».

Hubo otro mensaje en aquel sueño. Pero Enni no lo rudo interpretar correctamente. Algo, que no sabía dónde estaba situado, le decía que reuniera a las criaturas.

Y de esto habló con Dix.

—Anoche, mientras dormíamos, creía estar despierto. Un ser plateado apareció, no sé de dónde, y me habló. Dijo que le esperase.

Dix sonrió:

—Yo también tengo sueños, Enni. Unas veces sien-re miedo. Otras, me pongo contento. No sé lo que significa.

Pensativo, Enni repuso:

—Era una mujer.

—¿Y sabes tú lo que es una mujer? ¿Has visto alguna?

—Mi madre era una mujer.

—¡Pero si no te acuerdas de ella! ¡Bah, no hagas caso de los sueños! ¿Qué crees tú qué dirá este libro?— Dix mostró el tomo que

había estado hojeando—. Está algo estropeado, pero tiene muchas hojas.

—Me dijo que se llama Enni-ra y que debía esperarla.

—¡Pues espérala! ¡Tenemos mucho tiempo por delante!

Después de guardar silencio durante un rato, Enni añadió, mirando hacia una nube blanca que discurría por el cielo azul:

—Hubo otra voz que sonaba desde muy alto que me ordenó reunir a las criaturas. Entiendo que se debía referir a los hombres como tú y como yo.

—¿Eh? ¡Estamos solos, Enni!

—Puede que no. En alguna parte, por ahí —Enni señaló en derredor—, debe haber alguien. Tú y yo estamos aquí. ¿Por qué no han de haber otros? La tierra que nos rodea es muy grande.

—¿Y sugieres que vayamos a buscarlos?

—Creo que eso sería mejor que permanecer siempre aquí.

—¡Ah, no! —protestó Dix—. El hombre te enseñó a sembrar la tierra. Allá arriba tenemos alimentos seguros, agua, sol… Y por ahí no hay nada más que ruinas. Yo conozco eso muy bien. Prefiero más estar contigo.

—Entonces, tú quédate en mi casa y yo iré. Cuida la tierra, siembra la semilla como te dije; atiende los animales del corral, recoge el fruto de los árboles…

—¡Está bien, Enni! —exclamó Dix, de mala gana—. Te he comprendido. Iré contigo.

El joven sonrió.

—Eso está mejor —dijo—. Volveremos a casa, recogeremos el fruto y llevaremos lo que podamos necesitar para ir y volver. Estoy seguro que encontraremos alguien. Nos agruparemos, cultivaremos más tierra, obtendremos alimento, crecerán nuestros pollos y…

Enni empezaba ya a soñar también despierto.

*

El tercer hombre yacía sobre los restos de una antigua autopista. Estaba extenuado y habría de morir horas después, al no poder asimilar los alimentos que le dieron, dado el calamitoso estado de su estómago. No tenía nombre, apenas si hablaba, era manco, barbudo, andrajoso y una enfermedad le corroía por dentro y por fuera.

Sin embargo, en las pocas horas que vivió logró hacer comprender a Enni y Dix que sabía dónde vivía otro hombre, que le había arrojado piedras, cuando trató de acercarse al grueso árbol, entre cuyas ramas se cobijaba.

Así encontraron a Tro.

El viejo murió. Le dejaron cerca de donde le habían encontrado,

sin darle sepultura. Sus huesos quedarían al descubierto durante siglos, hasta que la naturaleza los convirtiera en polvo.

—Si ese hombre no dejó acercarse al viejo, debemos tener cuidado al acercarnos nosotros —habló En-ni, cuando ya estaban cerca del lugar que les señala-ron Una piedra, lanzada con fuerza, puede hacernos daño.

Dix señaló el fusil fotónico que Enni llevaba colgado del hombro.

—Si le alcanzas con un rayo de luz, no tirará piedras.

—¡No quiero matar a nadie, Dix! —replicó Enni, secamente—. Deseo ayudarle, reunirle con nosotros, tratarle como amigo. Es mejor que me acerque yo solo, con la mano en alto. Mostrándole la mano vacía no tendrá miedo.

—¿Por qué ha de tener miedo? —preguntó Dix.

—Ha vivido solo. Alguien ha podido causarle daño y estar resentido. Déjame a mí, Dix. Yo lo arreglaré. Después de todo, tú no querías venir y lo has hecho, por no quedarte solo. Si tú piensas, él también.

Tro les estaba viendo acercarse. Era de piel cetrina, ojos hundidos y, efectivamente, temía y odiaba a los hombres que caminaban a dos pies, como él. Había sufrido mucho con los que vivió, en la selva, hasta que escapó de ellos, huyendo lejos, a los terrenos abiertos.

Tro había pertenecido a una tribu, supervivientes de la antigua Amazonia. Existía un mito entre ellos, en el que se invocaba a los poderes ocultos del agua. Un jefe les regaba la cabeza con agua del río, todos los días. Después les pegaba y les hacía trabajar. Tro, que antes tenía otro nombre, se revolvió un día contra el jefe, le golpeó con el mismo palo que él utilizaba para pegarles, y huyó.

Ahora, dos hombres se acercaban a su madriguera. Tro tenía un arco, flechas y piedras. Eran sus instrumentos de caza. Tomó varias piedras y esperó.

Dix se quedó a cierta distancia, guardando la mochila y el arma de Enni.

Este avanzó hasta situarse a pocos metros del árbol. Allí se detuvo, alzó su mano derecha y gritó:

—Somos amigos. No te haremos ningún daño.

Tro arrojó entonces la primera piedra, que alcanzó a Enni en el pecho, haciéndole daño y obligándole a encogerse. Pero se rehízo en el acto y volvió a gritar:

—¡Amigo, yo podría hacerte caer de ese árbol! ¡Puedo dejarte inmóvil para siempre! ¿No me entiendes? Se y tu hermano Enni. Tú serás el tercero, Tro... Dix es el dos. Toma esto, en señal de amistad —hablando as:. Enni desenvainó su viejo cuchillo y lo depositó en p suelo, retrocediendo a continuación—. Baja de ahí y tómalo, Tro. Es un regalo.

Este gesto extraño contuvo la mano de Tro, que se disponía a lanzar otra piedra con más fuerza. Pero no bajó porque no había comprendido el gesto de Enni.

Por su parte, el joven retrocedió hasta donde se encontraba Dix y se sentó en el suelo, diciendo:

—Esperemos, Dix. Podemos comer, mientras. Cuando se convenza de que somos amigos, bajará del árbol.

—¿Y para qué queremos que baje?

—Para que venga con nosotros. Luego, buscaremos a los demás. Se empieza por uno. Yo soy el uno, tú el dos; él será el tres.

—¿Qué te propones?

—Cumplir el mandato.

Tro bajó al suelo pasado un largo rato. El cuchillo le fascinaba. Iba medio desnudo, su piel era curtida, atezada, cobriza; sus ojos, grandes y pardos. Llevaba el arco y una flecha a punto de disparar.

Enni y Dix, mirándole de soslayo, no le hicieron caso. No se movieron al verle tomar el cuchillo y examinarle. Habían terminado de comer y beber y estaban en cuclillas.

De pronto, Tro alzó el arco y tensó la cuerda, como para disparar contra los dos intrusos que venían a interrumpir su soledad. Instintivamente, Enni agarró el fusil láser.

Pero ninguno llegó a disparar. Tro abatió lentamente su arma. Luego se acercó con paso inseguro y de su garganta surgió como un gemido.

Enni sonrió. Sacó una manzana del macuto y la mordió. Luego, se la ofreció a Tro, diciéndole:

—Toma... Es bueno... Puedes comer... ¡Comer!

Tro se acercó más, tomó la manzana de la mano de Enni y se la llevó a la nariz, oliéndola. Después le pasó la lengua. Al fin la mordió, encontrándola agradable, porque la devoró rápidamente.

—No temas, Tro —le dijo Dix—. Somos amigos. Queremos que vengas con nosotros.

—No te molestes en enseñarle tu lenguaje, Dix —musitó Enni—. No te entiende. Pasarán muchos días, como ocurrió entre nosotros, para que pueda entendernos. Ahora venimos de lugares distintos. Cuando llevemos juntos algún tiempo, nos entenderemos...

Permanecieron allí algunos días. Todas las mañanas, Tro acudía junto a ellos y aceptaba los alimentos. Al tercer día, Tro trajo carne seca, que ofreció a sus visitantes. También se intercambiaron los primeros significados de las cosas.

—Cuchillo... Manzana... Torta... Fuego... Zapatos... Libro... Comida.

Y Tro repetía una y otra vez, con sorprendente facilidad de asimilación.

Un día, Enni dijo:

—Nos tenemos que ir, Tro. Queremos que vengas con nosotros. Tenemos una casa y tierras de labor, con animales que dan leche y carne.

—¡Y huevos! —exclamó Dix, con nostalgia.

—¿Quieres acompañarnos?

Tro asintió con la cabeza.

Al siguiente viaje que hicieron, meses después, encontraron a C-tro, que se había escondido al verles. Estaba herido, pero Dix le alcanzó y le atendió, dándole de comer y desinfectándole la herida con agua de licor. C-tro era negro. Tenía la misma edad que Dix, y se salvó de la hecatombe en una embarcación. Y lo más singular era que hablaba como Dix.

—*There are women beyond these mountains. I've seen them, near a wooden house*.

—¡C-tro ha visto mujeres en una casa de madera, detrás de aquellas montañas! —exclamó Dix, regocijado.

—¿Mujeres? —preguntó Enni, sorprendido—. ¿Enni-ra?

—¡No! —replicó Dix, secamente—. ¡Dix-ra, Tro-ra, C-tro-ra! ¡Tu mujer ha de venir del cielo, vestida de plata! ¿Cuándo vamos a buscarlas?

—Pronto —dijo Enni, pensativo.

Sin querer en su mente se formaba una religión.

CAPITULO II

Zink era hermano de Exi y Sex, en realidad Exi-ra y Sex-ra. El muchacho, que resultaría ser muy inteligente, apenas si contaba quince años y era, por tanto, menor que -Enni.

El viaje resultó largo. Detrás de las montañas, como dijera C-tro, había otras montañas. Luego hallaron una selva, cuyo terreno parecía haber estado cubierto de agua. Y, por fin, encontraron el valle, la casa de madera, y el cacique que atacó a sus visitantes, provisto de un hacha de acero.

C-tro resultó nuevamente herido. Para salvarle la vida, desde el suelo, donde había caído al recibir el primer golpe, Enni hubo de utilizar el fusil.

Y el hombre, emitiendo un jadeo, resultó muerto.

La consternación invadió a los habitantes de la pequeña comunidad. Exi-ra y sus hijas corrieron a refugiarse en la vivienda. En cambio, Sex-ra se alegró de la muerte del despótico cacique. Parecía contenta y lo manifestó abrazando a Dix y a Tro.

Zink, por su parte, sin moverse, no apartaba la mi-rada del fusil de Enni, cuyo poder era mucho mayor que la siniestra hacha del muerto.

—No hemos venido con ánimo de dañar a nadie—se disculpó Enni, después de comprobar que el hombre había dejado de existir.

Sus palabras, empero, no fueron comprendidas.

Zink se esforzaría, con Enni, Dix y Tro, por comprender aquel lenguaje nuevo para él. Y cuando emprendieron el regreso hacia las cumbres, marchando en caravana, balbucearía sus primeras palabras, explicando su historia.

Era hijo del cacique muerto y de una mujer que ya no existía, porque el difunto acabó con ella a golpes. Nadie había amado al agresivo patriarca. Se le temía por su brutalidad. Y según él, el miedo de Exi-ra y sus hijas se debía al terror que todos los hombres les inspiraban.

Enni habló también con Exi-ra, a la que dijo, son-riente :

—No debes temer nada de nosotros. Si he venido a buscaros es porque creo que todos somos hijos de un mismo, antiguo y desaparecido padre.

»Mientras venía con mis hermanos hacia acá, iba pensando en que hombres y mujeres son iguales, pero distintos. Unos necesitan de otros. Todos deben amarse.

»Hace tiempo, el mundo en que vivimos era distinto. Yo no lo conocía, pero me han contado que vivían muchas gentes, blancos, negros y amarillos. Y algo malo debieron hacer para que todo quedase

destruido.

»Presiento que el espíritu del padre me dirige para que os agrupe a todos en una familia. El destino que nos espera no lo conozco, pero yo cumplo mi misión para que Enni-ra venga a vernos.

Exi-ra no comprendió a Enni, cuyo rostro afeitado y limpio parecía iluminado por una pasión interior. No entendía sus palabras, pero sí su expresión amable. Además, Enni acariciaba a sus hijas, las besaba y les daba lo mejor de su macuto.

Set-ra, que parecía amable y complaciente, sintió especial predilección por Dix desde el primer momento. Tiempo después, ella tendría un nuevo hijo, cuyo nombre sería Dix-set.

El grupo regresó a las tierras verdes y fértiles de las montañas. Se había incrementado la colonia en doce seres. Pero Enni quería encontrar a más, y para ello envió a Zink y Tro en busca de semejantes, mientras él y Dix planeaban lo que tenían en mente.

—Hay que construir viviendas, Dix. Tro vivía en un árbol. Zink y su familia tenían una casa de madera, que el cacique hizo con su hacha. Todos hemos de trabajar, ¿comprendes?

—De acuerdo, Enni. Trabajaremos. ¿Por dónde empezamos? .

—Necesitamos techos, para protegerse del frío de la noche. Hay que aumentar el número de animales y sembrar más trigo.

Ahora contaban con más ayuda. Zink y C-tro eran buenos cazadores. Utilizando arcos, flechas y azagayas, cobraron valiosas piezas de cabras salvajes, y hasta se presentaron una tarde con un jabalí colgando de una recia pértiga.

Hubo gran alboroto en el poblado, donde las mujeres y los niños construían casas con ramajes, barro cocido y cañas. El jabalí sirvió para alimentar a todos durante algún tiempo.

Poco a poco, el lugar en torno a las ruinas en don-de nació Enni fue cambiando de aspecto, gracias a la colaboración alegre y decidida de todos, puesto que nadie se consideraba sometido a los demás, sino que se obedecían las órdenes de Enni porque era lo más justo y conveniente para todo. Pero el propio Enni cumplía con su trabajo como los demás.

Así se estableció un principio de justicia básico. Allí todo se hacía en interés colectivo. No había pro-piedad privada, sino común, pero nadie podía aprovecharse del esfuerzo de los otros.

Cuando volvieron Zink y Tro, acompañados de Nin y Oct, dos varones tímidos, pero abnegados y dispuestos a correr la aventura comunal, las mujeres ya hablaban, no sin dificultad la lengua de Enni, que era una especie de inglés, indio y español, y podían comprenderse bastante bien.

Enni saludó a los dos hermanos, a los que señaló como Nin y Oct.

—Aunque no me entendáis ahora, debéis comprender que no os

queremos mal. Aquí tendréis cama, techo y comida. Todos juntos nos protegeremos, nos ayudaremos, y cuando se haya de dar algún paso importante en beneficio de uno o de todos, lo decidiremos en reunión.

»Las mujeres no son distintas a nosotros. Ganan su alimento y sin ellas no podríamos crecer.

—¿Es que es necesario hacerlo? —preguntó Tro.

—Sí. Debemos estar unidos. Aunque no me hubiera sido ordenado, la unión es buena. No somos roedores, sino seres inteligentes que han sobrevivido a una hecatombe. El destino confía en nosotros.

Fue el mismo día en que nació el hijo de Dix y Set-ra. La impresión que sufrió Enni al ver al pequeño ser que venía a ocupar un sitio en la tribu, fue muy grande. Y por la noche, después de pensar largamente en todo ello, agitado e inquieto, tuvo un sueño-mandato.

¡Y fue Enni-ra la que se le apareció, sonriendo, más bella que la primera vez!

»—En cuanto salga el sol, Enni, te pondrás en camino hacia la Cúspide —así llamaban a la montaña más alta de aquel contorno de picos—. Llevarás alimentos para tantos días como habitantes hay en tu tribu. Yo te estaré esperando.

»—¿Voy a verte, Enni-ra? ¿Existes en realidad o es como dice Dix, algo no existente?

Enni-ra mostró sus nacarados dientes y respondió:

»—¡Claro que existo, Enni! Soy una mensajera del cielo, enviada a ti para «re-ligar», volver a unir, el pasado y el futuro. Debo hacer esto por un pecado de homicidio que-cometió mi madre. Sé que corro un riesgo, porque ahí existen muchos peligros. Pero alguien tiene que hacerlo. Es mi deber. Tú haz lo que te he dicho y no te arrepentirás... ¡No, Enni; no estás soñando! Soy yo que te transmito el pensamiento por medio de un «teleimpresor» de microondas.

* * *

Después de caminar cuatro días, Enni llegó a su destino. Sólo llevaba la mochila a la espalda, el fusil láser colgando del hombro y el torso desnudo. De su cintura, anudado por las mangas, colgaba la chaqueta de lana que Exi-ra empezó para su amo muerto, y que regaló a Enni para que se abrigase en las noches frías de las montañas.

«Y para que pienses en todos nosotros» —le había dicho ella, con su torpe lengua.

Un silencio total reinaba en aquel elevado paraje. Desde hacía horas, Enni miraba en derredor, tratando de ver a la persona maravillosa que le había citado allí. Y hasta pensaba en que Dix podía tener razón respecto a los sueños. Todo era fruto de su imaginación.

Era la mente la que guiaba los pasos de Enni, como si el hombre le hubiera aleccionado desde el principio.

Era bueno lo que hacían. Incluso Tro, un salvaje asesino, se mostraba contento con su nueva familia. Todos comían, eran felices, estaban alegres. ¿Para qué buscar más? ¿Por qué no conformarse con lo que tenían? ¿Para qué complicarse la existencia?

Enni no pensaba como Dix, quien ahora pasaba muchas horas jugando con Set-ra y su hijito, y al que molestaba que C-tro o Nin se acercasen a tocar a Set-ra

Enni había pensado en todo aquello durante los cuatro días de marcha. Se dijo que empezó una obra y que era necesario continuarla. La aldea podría llegar, con el tiempo, a ser tan grande como la ciudad en donde vivió Dix de niño, «Nei Llor».

—Hola, Enni.

El se quedó como petrificado, al escuchar, de súbito, a su espalda, la voz bien modulada de la mujer a la que conocía como Enni-ra.

Se volvió. Ella estaba de pie, junto a una roca inhiesta, protegida con un casco transparente, ataviada de plata, con todo un equipo espacial brillante y nuevo, al parecer. Y en su mano derecha, enguantada, sostenía un reproductor de sonido.

—¡Enni-ra! —exclamó Enni, extasiado, cayendo de rodillas y abatiendo la cabeza.—Por favor, amigo mío. Levántate. Puedo, parecerte una diosa, pero no lo soy. Mi nombre no lo pronuncias bien. Soy Anne Rye. Y es curioso lo semejante que es a tu nombre. Eso me ha hecho pensar en que puede existir un simbolismo esotérico. Pero mi mente y mi educación son racionales, positivas. No puedo admitir la superstición.

—No te entiendo —musitó Enni, alzando los ojos hacia la «aparición».

La mujer astronauta se acercó, caminando con paso inseguro, y apoyándose en el hombro de él.

—Álzate, Enni. Hemos de hablar de igual a igual, porque entre tú y yo existe una gran afinidad biomorfológica. Además, tengo que explicarte muchas cosas que necesitas saber, para que transmitas a los tuyos.

»En primer lugar, te daré un suero que debéis ingerir todos vosotros para cuando llegue la peste a es-tas alturas. El aire está muy envenenado en la Tierra, Enni. Si enfermáis, podéis morir.

E1 suero es amargo y desagradable de tomar. Pero tus compañeros han de inmunizarse contra la peste. Yo estoy protegida por este atavío. El aire que respiro está filtrado y purificado, y no permaneceré mucho tiempo aquí, además.

»Esto, Enni, parece como si hubiéramos vuelto al principio de la prehistoria —Anne Rye sonrió con gracia, mientras su mano izquierda

enguantada se apoyaba en el recio pecho de él—. Yo hago el papel de enviada del, cielo y tú eres el patriarca del pueblo elegido. Así lo hemos pensado en la Base IV y algunos se han sorprendido de la similitud.

»En realidad, estoy aquí para unir los lazos perdidos. Tú y yo vamos a establecer una alianza. Lo que hay allá arriba es igual que esto de abajo; lo grande es como lo pequeño… Eso mismo dijo Hermes en su Tabla Esmeralda, Enni. Por eso estoy tan emocionada.

Sé que hay otros seres que pueblan la Tierra. No son muchos y viven en estado salvaje. Ignoramos si sobrevivirán a las terribles condiciones ambientales del planeta. Si lo hicieran, serán hermanos vuestros.

Debes buscarles y enseñarles la verdad. Unos te creerán y otros no. Pero la verdad sólo es una, la que está en el infinito. Allí arriba se encuentra nuestro destino. Y todos hemos de llegar a él, vivos o muertos.

Debéis crecer y multiplicaros, Enni, para volver a ser lo que fuimos. Así se mandó ya una vez, hace muchos siglos, y quizá se mandó también anteriormente. Es el único camino que existe.

Sé justo, honrado y sincero. Nosotros no te abandonaremos. Y, pase lo que pase, estaremos contigo y con los tuyos.

Mientras escuchaba aquellas palabras, cuyo sentido parecía irse grabando de modo indeleble en su mente, Enni tuvo una pregunta:

—¿Por qué no me llevas contigo?

—No puedo, Enni. Tu destino está aquí, como el mío está allá arriba. Pero no siempre ha de ser así. Habrá un nuevo consejo. Yo hablaré, porque lo que nos proponemos realizar puede fracasar si no existe continuidad.

Se me ocurrió durante el viaje. ¿Sabes qué pensé, Enni? Me dije que nuestras vidas son cortas y el programa que se ha de realizar es muy largo. Hay un procedimiento, llamado de criogenización o hibernación, aunque ambas cosas no sean exactamente lo mismo, que consistiría prolongar nuestra existencia, como si viviéramos a plazos. Nos tenderíamos en nuestras cabinas y, transcurridos cincuenta años, volveríamos a la conciencia para comprobar si las órdenes que dejamos dadas a nuestros hermanos se han cumplido. De ser así, tras revisar, verificar o comprobar que todo marcha bien, nos volveríamos a tender para un nuevo período. Mientras estuviéramos despiertos, viviríamos nuestras vidas y nos cuidaríamos de que se cumple la orden de continuidad, sin que nadie se desvíe.

Esto es lo que voy a proponer al consejo, cuando vuelva a la base. ¿Te gustaría hacer eso, Enni?

—Sí —asintió él—. Yo haré todo lo que tú me mandes.

—Gracias, Enni. No nos equivocamos al elegirte… ¿En qué

piensas?

—En ti, Enni-ra.

La mujer sonrió, halagada.

—¿Te gusto, Enni? No me extraña. Soy tu sexo opuesto. Es normal. Y tú eres como un ser primitivo. Más no me avergüenzo. Tu sinceridad me agrada. Si no existiera la gran diferencia psíquica que nos se-para... Bueno, Enni; no he debido decírtelo así. En realidad, tú también me gustas. Pero ni puedo tocarte, ni tú a mí. Hay imponderables vitales.

Habrás de elegir mujer entre las de tu tribu. Nadie pertenece a nadie. Es preciso procrear y reproducirse lo más rápidamente posible. Yo no puedo volver a la base llevando tu semilla.

Anne Rye se puso muy seria y se volvió de espaldas a Enni.

—Comprendo tus sentimientos. Exigimos de ti lo que no podemos hacer nosotros. Pero allá vivimos en precarias condiciones. No es como aquí. Estamos atrapados, sin poder escapar. El único camino a seguir es el que estamos realizando.

—No te entiendo, Enni-ra.

—Sí, lo sé. Todavía es demasiado pronto, Enni —dijo ella tristemente—. Pero no te preocupes. Estaré en contacto contigo. Lo estáis haciendo muy bien. Sólo es necesario perseverar, continuar.

Mientras hablaba, Anne Rye introdujo su mano enguantada en uno de los bolsillos laterales de su atuendo plateado, sacando una cápsula de cristal.

—Toma esto, Enni —añadió—. Es sodio. Debéis tomarlo, en pequeñas dosis, junto con vuestro alimento diario. Cambiará el sabor de la comida, pero os protegerá, porque todos corréis un grave peligro.

—¿Estamos amenazados?

—Sí. Y debo confesar que nos extraña mucho vuestra inmunidad. Sabemos que el aire de la Tierra es nocivo. No hemos podido estudiar aún con detenimiento a qué se debe que esta región esté menos contaminada que las otras. Nosotros no creemos en milagros y todo debe ser atribuido a un efecto casual. .

»Vosotros, por si acaso, ingerir esto. Y cuando encontréis piedras blancas, probar con la punta de la lengua si contiene sal, que es un derivado del sodio. Si lo encontráis, tomadlo. No os perjudicará y os ayudará mucho.

»Ahora, Enni, quiero que veas mi nave. Está situada cerca de aquí. Acompáñame. En su interior puedo despojarme de este engorroso atuendo.

—¿Qué es una nave? —preguntó Enni.

Anne Rye sonrió y repuso:

—Es un pájaro metálico que en la atmósfera hace mucho ruido. En

cambio, en el vacío interestelar es silencioso.

La mujer guió al sorprendido Enni por entre las rocas, hasta que descubrieron, sobre una superficie de basalto, ante la entrada de una enorme gruta natural, un objeto plateado y fusiforme, con alas semicirculares.

Al ver aquel enorme e impresionante objeto, Enni se detuvo, abriendo mucho la boca.

—¿Tu pájaro? —preguntó.

—Sí. Yo vivo en su interior. Ven.

Dócilmente, Enni siguió a la joven rubia, hasta situarse debajo del majestuoso aparato de metal, donde había una escalera que terminaba en una escotilla elíptica.

—Sube conmigo, Enni.

El vaciló, asustado.

—¿Qué es esto? ¡No es un pájaro!

—Por supuesto que no, Enni. Es una nave. Ahora está inmóvil. Pero desde el control de dirección, puedo hacerla remontar el vuelo, subir hacia el cielo y alcanzar la Luna en dos días. Ven. No temas.

Anne Rye subió la escalerilla. Desde arriba, tendió la mano a Enni, invitándole a seguirla. El obedeció al fin, y su estupor se acentuó al verse en el interior del aparato, que estaba pintado de blanco.

—¿Qué te parece todo esto? Ese pasillo conduce a las cabinas. Hay cuatro. Detrás se encuentra el reactor nuclear. Esa es la cabina de control de dirección. Ven.

Boquiabierto, Enni admiró el interior de la cabina, donde los indicadores de control de vuelo eran impresionantes.

Anne Rye cerró la compuerta, manipuló sobre el tablero principal y luego procedió a quitarse la escafandra que cubría su dorada cabeza y a desabrocharse el buzo plateado.

—Estaba deseando quitarme esto… Sé que no hago bien en traerte aquí, porque puedes contaminarme con tus gérmenes. Pero esterilizaré todo cuando te hayas ido… Siéntate ahí, Enni. Deja tus cosas en el suelo.

La joven se despojó de su equipo, quedando sólo con un ajustado suéter gris, que marcaba maravillosa-mente su busto, y unos shorts también plateados. Se calzaba con unas livianas botas transparentes, a modo de calcetines, que subían algo más arriba de los tobillos.

—Así estoy mucho mejor. ¿Te apetece tomar algo? Nuestros alimentos son sintéticos y el agua lunar no te gustará. Lo hemos arreglado todo con procedimientos químicos —Anne Rye se acercó al muro y descorrió un panel, surgiendo detrás varios anaqueles—. Píldoras proteínicas, grasas, hidratos y vitaminas.

Enni, que no dejaba de mirar en derredor, como si temiera mirar demasiado a la bella muchacha, bajó la vista al suelo y musitó:

—Quisiera comprender el significado de todo esto.

—Yo te lo contaré —dijo ella, echándose un par de pastillas en la boca y tomando un vaso de agua, que llenó de un grifo—. Comprendo que debo parecerte algo sobrenatural, cuando no es así.

»Esta nave ha sido construida aquí en la Tierra. La hemos conservado como algo irremplazable y de inestimable valor, porque en la actualidad no es posible construirla de nuevo.

Nosotros poseemos una base en la Luna, donde vivimos una pequeña colonia humana que, como vosotros, luchamos por sobrevivir. Han ocurrido muchas cosas desde que ocurrió el Gran Desastre. La más importante, para mí, fue mi nacimiento.

»Vi la luz, por vez primera, en la Base IV. Mi madre estaba encarcelada y vivió hasta poco de nacer yo. En aquellos días, según me han contado, se vivían allí arriba circunstancias muy dramáticas y violentas... ¡aunque no tanto como aquí!

»Mi madre envenenó al coronel Lery...

CAPITULO III

Anne Rye fue siempre una niña alegre, a pesar de la tristeza y pesadumbre que reinaban continuamente en la Base, donde la veintena de mayores apenas si tenían contacto con los niños, a excepción de Virginia Marryat, la geólogo, encargada de la tutela de los pequeños.

Era aquella mujer delgada, de expresión triste y ojos oscuros, la que señalaba el disco terráqueo, suspendido en el negro y estrellado firmamento, y decía, con acento grave y nostálgico:

—Nosotros vinimos de allí, pequeños. Aquello es la Tierra. Estamos a trescientos ochenta mil kilómetros de distancia. Tu madre nació allí, Anne Rye, y tu padre.

—¿Quién es mi padre?

—'Murió, querida. Sólo quedamos un reducido grupo. —Evidentemente, Virginia Marryat no quería hablar de los días que sucedieron a continuación del Gran Desastre. Ella era todavía joven y soñadora. Pero el dolor y la angustia la habían envejecido prematuramente—. En la Tierra, murieron todos... ¡Fue una catástrofe de incalculables consecuencias!

Con el transcurso de los años, Anne llegó a comprender la magnitud del cataclismo telúrico que les dejó aislados en un mundo desierto y casi inhóspito, como era la Luna.

Sin embargo, a ella no le dominó nunca el pesimismo, como ocurría con los mayores. Ni siquiera se entristeció al saber que su madre, enajenada, administró un veneno al coronel Herbert Lery, considerado como un tirano por sus subordinados.

—Tu madre se llamaba exactamente igual que tú, Anne «Rye —le explicó Virginia, en una ocasión—. Era la más bonita de todas las mujeres de la Base. Joven, inteligente y bella. El coronel Lery ordenó la procreación acelerada y continua. Se necesitaban niños para la supervivencia de la especie humana. Por esto regañaron tu madre y Herbert Lery.

»Había gente que prefería morir antes de vivir en la desesperanza de volver a la tierra condenada. Y muchos se quitaron la vida, lo que no dejaba de ser una cobardía. Pero vivir en las condiciones que exigía Lery era peor que la muerte. Estábamos condenados a toda clase de vejámenes, abusos, arbitrariedades e intimidaciones.

»Yo reconozco que tu madre no tenía derecho a hacer lo que hizo. Y por eso se la condenó a encierro y trabajos forzados, a consecuencias de lo cual murió. Sin embargo, los otros se alegraron de la tiranía de Lery, y se aprovecharon de su muerte. Me refiero a

Isaac Kostlov, Pierre Labarde, Antoine Prev y los otros que forman el Consejo.

»Ahora sois veinte niños. Con Herbert Lery podríais ser cien o más. Y dentro de algunos años sería necesario ampliar la base. Yo no sé quién tiene razón. Eso lo dirá el tiempo y el desarrollo de los acontecimientos.

Lo que sí sé es que, geológicamente, la Luna es un mundo inhabitable.

—¿Y por qué no volvemos a la Tierra? —preguntó, en aquella ocasión, la pequeña Anne.

—No se puede. Se supone que la atmósfera está contaminada. Habrán de transcurrir bastantes años, para que alguien pueda ir allá... ¡Mucho me temo que yo no lo veré!

Pero Anne Rye, contemplando la Tierra, desde aquel día, soñó siempre con ser ella la que realizase el regreso. Y sus anhelos se convirtieron en obsesión, pasado el tiempo y cuando ya conocía el problema.

Supo que existían cuatro naves interplanetarias, cuyos reactores nucleares podían ser puestos a punto. Ella misma, a través de las galerías de paredes de plástico de la Base, estuvo en los aparatos, examinándolos. El ingeniero Becket, o tío Tim, como le llamaban los pequeños, les explicó hasta el último detalle de todo, como si presintiera que las manos de aquellos niños habrían de manejar los mandos, cuando volvieran alguna vez a la Tierra.

Un día, mientras desayunaba la pasta que Virginia les hacía tomar, asegurándoles que si se lo comían todo se harían grandes y fuertes, el barbudo Antoine Prev penetró en el comedor, gritando:

—¡Hay supervivientes en la Tierra, Virginia! La geólogo se puso a temblar inmediatamente. Aquella era una importantísima noticia para los moradores de la Base IV. Anne Rye se dio cuenta de ello casi en el acto, por el desusado movimiento y los comentarios de los mayores. ¡Y hasta la madre de Maggy, Olga, Kitty y Joseph, que sólo parecía servir para alumbrar hijos, apareció, abrazando a unos y otros, sin excluir a Virginia!

Aquella tarde, en la sala principal, hubo una reunión, Anne y sus compañeros estuvieron presentes. Eran unas cuarenta y cinco personas, entre mayores y niños. Como siempre que se trataban cosas importante, Isaac Kostlov, tomó la palabra, mezclando ruso y francés en la conversación, y muy poco de inglés:.

—Gracias a la meritoria labor de Clayson, hemos podido averiguar que sobre la Tierra ha quedado algún vestigio de vida humana. Nuestro astrónomo, al fin, ha conseguido transformar el telescopio, adaptándole su amplificador multimétrico, cuya potencia nos permite examinar la superficie de la Tierra, como si estuviéramos a dos o tres

kilómetros de altura.

Sentado cerca del orador, el astrónomo Clayson, sonriendo a todos, parecía un buda bonachón, de revueltos y encrespados cabellos, ropas desordenadas y barba descuidada.

—Yo he visto seres humanos moviéndose en lo que todavía emerge del continente americano, y que suponemos se trata de una parte de la cordillera andina. También hemos reconocido el Everest y una parte de Europa. Pero existen tierras que antes no existían y que, posiblemente, han aflorado del fondo de los océanos.

Nuestro deber es, cuanto antes, establecer contacto con los supervivientes de nuestro planeta, averiguar en qué condiciones ha quedado el mundo donde nacimos y saber si podemos volver.

Anne Rye recordaría siempre la discusión que se organizó entonces entre los Mayores. Unos decían que la Tierra estada contaminada; otros que era inútil tratar de volver, porque la inestabilidad manifestada por el cataclismo continuaba latente. Y los más querían poner en marcha las naves interplanetarias y regresar inmediatamente.

—No —repuso Kostlov—. No actuaremos ciegamente y con irresponsabilidad. Gracias a Clayson, podemos dedicar toda nuestra atención al estudio de la Tierra. Aquello no está igual que cuando nosotros salimos de allí. Todo ha cambiado. Y hemos de estar seguros de lo que vamos a encontrar.

»Por supuesto que regresaremos, aunque sea en viaje exploratorio. Herbert Lery se equivocó al suponer que todos habían perecido. Pero la razón me hace suponer que la muerte de seis mil millones de seres habrá provocado alguna especie de epidemia, peste o plaga, que esté latente en la atmósfera.

»La Tierra, camaradas, no es la misma que era antes.

Estas declaraciones fueron como un baño de agua fría sobre los optimistas. Para Anne Rye, sin embargo, fueron una maravillosa esperanza. Se podía volver al planeta azul. Ella lo haría alguna vez. Y por esto se dedicó a escuchar con reconcentrada atención a todo lo relacionado con la Tierra. Se hizo amiga de Bill Clayson, el astrónomo, con quien pasaba largas horas.

¡Y fue ella la que, un día, descubrió a un ser solitario que vivía entre unas ruinas, cazaba, cultivaba la tierra, y vivía en la más absoluta soledad!

Aquel individuo que el telescopio provisto de amplificador multimétrico permitía ver como un insecto, moviéndose sobre un terreno rodeado de montañas, resultó ser Enni, y Anne Rye logró, años más tarde, establecer contacto por «telepatía» controlada o magnética, con él.

Los recursos técnicos de los pobladores de la Base IV lunar no se

habían abandonado, sino todo lo contrario. Disponían de un moderno laboratorio electrofísico, donde jamás se había dejado de trabajar. La técnica de los hombres del siglo XX se había conservado allí, y hasta ampliada en los años de investigación.

Y fue el doctor Karl Schwergen, padre de algunos condiscípulos de Anne, el que sugirió un día a la cada vez más preciosa y espigada jovencita, que existía un medio para establecer contacto «telepático» con los pobladores de la Tierra.

—Necesitaríamos un «receptor» psíquico allá —explicó Schwergen —. Sabemos que hay más de quinientos seres. Pero no todos sirven para esta experiencia. ¿Cómo saber cuál de ellos nos conviene? Ese es el problema. La labor ha de ser ardua y laboriosa, pero, con todo, más rápida que el plan propuesto por el Consejo, de cinco años de verificaciones.

—Isaac Kostlov afirma que la atmósfera del planeta está enrarecida —dijo Anne—. Pero nosotros podríamos emplear equipos de vacío, campanas de oxígeno artificial, como aquí, o las viejas escafandras individuales de exploración exterior.

—Eso servirá para cuando lleguemos allí, Anne Rye —habló el médico—. Pero como Kostlov no quiere correr riesgos, yo he sugerido los procedimientos telepáticos centrados sobre un individuo humano asequible.

—¡Yo conozco a uno! —exclamó Anne.

*

Sin saberlo, Enni resultó ser un excelente «receptor». Y lo sorprendente fue que entre todos los moradores de la base selenita, nadie como Anne Rye, con condiciones «emisoras» —según el doctor Karl Schwergen—, para establecer el contacto.

Las experiencias que se realizaron fueron positivas. Anne Rye «captó» a Enni y le dio instrucciones. Desde la Luna, a casi cuatrocientos mil kilómetros de distancia, Bill Clayson e Isaac Kostlov, pegados al objetivo del telescopio, vieron a Enni ejecutar las «órdenes» que le habían sido enviadas a través del cerebro de Anne.

Se le ordenó al «receptor» que saliera en busca de semejantes. Enni lo hizo, abandonando su refugio y localizando a Dix. En los meses que siguieron, Enni reunió en torno a él una pequeña colonia. Al mismo tiempo, la experiencia del doctor Schwergen se comprobó como fidedigna.

Entonces, se decidió enviar alguien a la Tierra a efectuar un reconocimiento in situ. Y para ello, ¿quién con mejor preparación que Anne Rye, que se pasó la vida estudiando todo lo que pudiera acercarla a su planeta soñado?

En la junta que se celebró para elegir a la persona indicada, se habló del astronauta Philby, que contaba sesenta y cuatro años. El más joven de los Mayores era Antoine Prev, y tenía cincuenta y seis. Las condiciones en que'* habían vivido, dentro de la Base VI, no eran, precisamente, las más idóneas para mantenerse en forma física. Sólo se podía contar con los jóvenes. Pero todos eran preciosos. La continuidad de la especie de-pendía de ellos. Dos muchachas de quince y dieciséis años esperaban ya a la cigüeña. Anne Rye jamás quiso aceptar los «afectos» de nadie, porque tenía miedo a que le pudiera ocurrir lo que a su madre. Era libre de negar su concurso al hombre, y lo hizo.

Quizá fuese por esto o porque Anne Rye era la viva imagen de su madre, pero Kostlov la indicó para la aventura. Si Anne no regresaba a la Base IV, alguno se descargaría un peso de la conciencia.

Y, además, Anne era la joven mejor preparada, tanto en el conocimiento de las naves interplanetarias, como en todo lo relacionado con la misión a cumplir.

Pero también se habló de Enni y de la pequeña colonia que había reunido en torno a él. Y no se pasó por alto las relaciones que debían entablar, ni cómo debían ser éstas.

—Meditemos bien antes de establecer el primer contacto con nuestros semejantes de la Tierra —habló Pierre Labarde, que era una especie de filósofo sui géneris, mirando a todos los componentes de la reunión—. Anne Rye irá allí y establecerá el contacto directo. ¿Y luego qué? ;

—¿Qué quieres decir? —inquirió Kostlov—. ¿A qué viene esa pregunta?

Muy serio, Labarde dijo:

—Estamos asumiendo una terrible responsabilidad. De lo que hagamos o digamos a esos seres puede depender el futuro de la humanidad.

—¿Depender? ¿En qué sentido? —quiso saber Virginia Marryat.

—Imaginad que nosotros explicamos a esos seres cómo era el mundo antes de la destrucción —dijo Labarde—. Ellos utilizarán esa enseñanza para repetir la historia.

—¡Eso no lo podemos saber ahora! —protestó Kostlov—. Lo que hagan esos supervivientes nos tiene sin cuidado.

—¡Ah, eso no! ¡La humanidad ha desaparecido casi en su totalidad! ¡Aquello era un asco! ¡Y si se nos brinda la oportunidad de hacer un mundo mejor, más digno, nuestro deber!...

—¡Sueñas, Pierre! —exclamó Antoine—. La humanidad siempre será igual.

—No opino como tú. Por eso he dicho que reflexionemos. Analizado fríamente, los escasos seres que vi-ven en la Tierra, si

logran sobrevivir, caerán irremediablemente en el más oscuro primitivismo. Carecen de técnica, de medios para desarrollarse. Están abocados a la barbarie. ¿Y qué saldrá de ellos? ¡Tribus salvajes como en la antigüedad, que se atacarán como Tro, con piedras y flechas!

Ahora, Pierre Labarde había conseguido captar la atención de sus compañeros. Y por esto hizo hincapié en su tesis:

—Somos una rama desgarrada del tronco común. Nosotros conservamos la ciencia, el saber y la técnica. ¿Podemos reunimos con ellos y empezar de nuevo, hasta llegar, dentro de algunos siglos, a tener un mundo como el que teníamos, con tan grandes injusticias, desigualdades, odios y ambiciones?»Creo que debemos recapacitar bien y estudiar lo que más conviene a nuestros descendientes. Aquí, mientras creíamos ser los únicos supervivientes de la raza humana, hemos vivido en la desesperación y la angustia. La existencia carecía de valor para nosotros. Al principio, muchos se mataron por no tener valor para soportarlo. Otros se mataron entre sí. De haber vivido Herbert Lery, habríamos caído bajo su imperio despótico y ahora tendríamos una tiranía sobre nosotros.

»No amigos. Es una gran responsabilidad la que asumimos. Y creo que estamos a punto de cometer un error tremendo. Si la humanidad ha de sobrevivir, estamos obligados, como representantes suyos, supervivientes de una raza superior, a tomar medidas para que no se incurra en los errores históricos que llevaron al desequilibrio ecológico, a las guerras, al odio y a todas las desventuras, grandes y pequeñas, que padecía nuestra humanidad.

»No vamos a establecer aquí la consecuencia histórica de un pasado inexistente. Aquello terminó, para bien o para mal. En nuestras manos está que, al empezar de nuevo, si ello es posible, por supuesto, se marquen directrices distintas.

—De acuerdo, Pierre —admitió Timothy Becket—. La humanidad habrá de ser democrática.

—¿Y por qué no comunista? —preguntó Kostlov, secamente.

Se armó una virulenta discusión, que apenas pudo atajar, el promotor de la misma, Pierre Labarde, levantándose y gritando:

—¡Bastaaa! ¡Callarse todos! ¡Eso es, precisamente, lo que hemos de evitar! Mientras continuemos pensando con mentalidad de antaño no seremos capaces de aportar ni siquiera un punto de avance al futuro, ¡si es que llega a existir ese futuro!

El doctor Karl Schwergen, que apenas había despegado los labios durante la reunión, aprovechó el desconcierto que causaron las últimas palabras de Pierre Labarde para decir:

—Estamos desorbitando la cuestión, amigos míos. Creemos que en la Tierra sólo existen seres que viven en la barbarie. Y dudo mucho que eso sea cierto. Lo primero que debemos hacer es enviar a la joven

Anne Rye a que establezca contacto con su «receptor». Al mismo tiempo, realizará un reconocimiento aéreo y tratará de detectar la vida inteligente que haya podido quedar.

»Luego, podemos realizar la segunda fase del programa de «rehabilitación», llamémoslo así. Y, por cierto, debo advertir a nuestro amigo Pierre que por mucho que tratemos nosotros de «dirigir» el curso futuro de la humanidad, el resultado no nos pertenece, ni sabremos cuál será.

»De acuerdo todos en que nos agradaría contribuir, desde ahora, a que nuestros descendientes no caigan en los mismos errores de la historia. Quisiéramos un mundo limpio, sano, ejemplar; unos individuos sin taras, sin resentimientos, ni odios; una especie humana diferente a la que habitó el planeta. Pero... ¿sabe alguno cómo será la humanidad dentro de cien o mil años? ¿Puede alguien afirmar rotundamente que nuestros propósitos se habrán logrado, aunque sean los mejores y más desinteresados?

»Todos nosotros somos diferentes. Ni siquiera las células que forman nuestro organismo, pese a su casi exacta similitud, son iguales unas a otras. Los hombres tampoco lo somos. Y de esa diferencia ha surgido la humanidad.

»Tratemos, no obstante, de que Anne Rye lleve un mensaje de paz y armonía. Establezcamos una ley equitativa, basada en el derecho natural. Luego, que cada uno sea responsable de sus propios actos. Y si, como supongo, el Gran Desastre fue un designio de Dios, que El gobierne, como ha hecho siempre, con su divina providencia, los pasos de sus hijos en el cosmos. Nosotros sólo podemos acatar su altísima voluntad.

CAPITULO IV

Cual nuevo Moisés a su regreso del Sinaí, el «iluminado» Enni llegó a su colonia, a la vuelta de la Cúspide. Inmediatamente, fue rodeado por todos sus camaradas, pequeños y grandes.

Enni, sonriendo, dijo:

—La he visto. Era tal y como la vi en sueños... De cabellos de sol, radiante con su atavío plateado, y llegó de arriba a bordo de una nave voladora. A su lado, he sentido que me invadía un sentimiento desconocido para mí y ella, según me ha confesado, sintió lo mismo.

Enni habría de repetir muchas veces aquellas palabras, hasta darles el significado correcto. Pero observó que en sus amigos y amigas, no siempre causaba el mismo efecto.

Dix, por ejemplo, le comprendía con facilidad y sólo anhelaba conocer a Enni-ra. Exi-ra, por el contrario, y como amaba a Enni secretamente, estaba celosa y resentida. Por ello manifestó a espaldas de Enni:

—La mujer que nos ha descrito Enni nos causará mucho daño. Si es como nosotros, ¿por qué no ha ve-nido y se ha mostrado a todos? ¿Es que Dix, Zink, C-tro o los demás hombres no son como Enni? ¿Y por qué él no nos mira como nos miran los otros, y no nos toca, si necesitamos tener hijos para recuperar lo que se perdió?

Enni habría de enterarse de aquellos comentarios. Se pondría muy triste y hablaría a solas con Exi-ra, a la que encontró sentada una tarde, junto al manantial.

—Exi-ra, quiero hablar contigo muy seriamente. Sé que me deseas en secreto y no te atreves a decírmelo. Pero aunque hubiera soltura en tu lengua y vivacidad en tu figura, que la hay, porque eres bella y deseable, yo no podría corresponderte, porque mi corazón y mi destino no me pertenecen ya.

—Tú dijiste que debíamos amarnos unos a otros.

—Sí, Exi-ra. Y lo repito. Enni-ra me dijo que antes había muchos hombres y mujeres en este mundo. Las costumbres eran distintas. Había una mujer para cada hombre. Celebraban un matrimonio y formaban una familia, creando hijos que, a su vez, cuando eran mayores, formaban otras familias.

»Ese era el camino natural de la continuidad de la especie. Y los animales irracionales actúan de idéntica manera. Así, tenemos gallinas, pollos, cabras, cerdos y vacas. ¿Lo has visto? Oct y Nin cuidan de esos animales y les hacen reproducirse. Dix se acostó con Set-ra y nació Dixet.

»Pero Enni-ra me ha dicho que por encima del deseo natural, está

la inteligencia, la razón, la luz mental, que nos diferencia de los seres irracionales. Si yo te tomara en mis manos, sólo por instinto animal, te causaría un grave trastorno, Exi-ra. El fruto que diéramos no sería bueno, porque mi amor pertenece a otra mujer. Y ese fruto, aunque no fuera maldito, sí maduraría en la falta de afecto.

«La pureza perfecta está en la verdad. Dixet será bueno, porque sus padres se aman. Dix está celoso y no quiere que ningún hombre toque a la mujer que ama. Se quieren y el hijo gozará al ver el amor de sus padres. Será justo y noble.

»Si los hijos ven desamor en el espejo en que se miran, serán malos y causarán daño a sus semejantes, por rencor, envidia o simplemente por maldad natural congénita.

»Nosotros somos pocos ahora, Exi-ra. Pero los hijos de nuestros hijos se multiplicarán como las piedras que cubren el suelo y llegarán, pasado el tiempo, a formar una enorme familia como la que existía antes de la Gran Hecatombe.

»Entonces, si nosotros hemos sido buenos y justos, ellos serán nuestro reflejo. Pero si les hemos creado con maldad, la humanidad volverá a extinguirse, y, posiblemente, sea definitivamente.

Diciendo esto, Enni extendió su mano derecha, firme y viril, y la colocó sobre el hombro desnudo de Exi-ra.

—¿Quieres que, a pesar de todo, tú y yo formemos un hijo, y que él sepa algún día que nació entre tú y yo, amando yo a otra mujer? ¿Quieres condenarle ya, antes de nacer, al mal, para que sea un ser rencoroso, marcado por el desamor y llegue a causar daño a sus otros hermanos?

A los ojos de Exi-ra afluyeron lágrimas de arrepentimiento.

—¡Perdóname, Enni, por haberte ofendido! ¡Cuánta verdad hay en ti! ¡Ahora lo comprendo todo con claridad! ¡Yo actuaba como una hembra celosa, sin derecho alguno! ¡Te veía más apuesto que los demás, y sólo pensaba en mí!

»Pero, ¿cuál es el hombre que me corresponde, si no eres tú?

—Cualquiera, Exi-ra. Sólo tienes que volver la vista alrededor y mirar dentro de los seres que conviven contigo. El amor no se ve, pero se siente. Puede estar dormido mucho tiempo y despertarse de pronto, como un volcán —Enni estaba repitiendo las mismas palabras que había escuchado en los rojos y fascinantes de Enni-ra, días antes—, rugiendo sin que nadie pueda contenerlo. Debe haber entrega total, renuncia, pasión y lucha. Ha de ser ciego y sincero, también. Porque surge del alma, que es la forma incorpórea del espíritu. Y si es así, debe durar toda la vida. Y el fruto que dé, será bueno, y los hijos amarán a sus padres, porque han aprendido el amor de ellos. Y el mundo será apacible, benigno, grato y cordial.

—Gracias, Enni. Ahora lo comprendo —replicó Exi-ra—. Debo

olvidar el daño que me causó aquel monstruo... Ahora tengo la oportunidad de vivir dignamente, entre hermanos y rodeada de afecto... ¡Te adoro, Enni, por todo el bien que has derramado sobre mí!

Exi-ra se arrodilló ante Enni y le besó los pies, sin que él pudiera hacer nada por evitarlo.

*

Anne Rye cerró el último contacto del control de mando y se puso en pie, abandonando su asiento. Se despojó del casco escafandra, pero no del equipo plateado.

A través de la pantalla telescópica había visto a Jack Philby, en el hangar, acompañado por Maggy y Joseph, que la saludaban, agitando las manos.

Sonriendo, la joven tomó la caja de grabación, donde llevaba todo el material magnético recogido en su viaje de exploración, y se encaminó a la escotilla elíptica. Cuando abrió la compuerta, los brazos de Philby, el viejo astronauta, se extendieron hacia ella.

—¿Cómo te ha ido, Anne?

—Bien... Muy bien, Jack... ¡Hola, Joseph! ¿Qué tal, Maggy? ¡Oh, vuelvo trastornada de alegría! ¡He sido dichosísima!

El joven Joseph esbozó una sonrisa burlona.

—Sí, Anne. Ya estamos enterados. Te lo has pasado muy bien con el «aborigen».

Después comprendería Anne Rye el exacto sentido de las palabras de su compañero de estudios. En aquel instante, no hizo caso a nada, mientras daba a Maggy la caja metálica de la grabación.

—Aquí está el informe... La Tierra es habitable. La atmósfera está limpia, yodurada y oxigenada, y los seres vivientes no corren ningún peligro. La vida es posible, incluso en las nuevas tierras surgidas del mar.

Llegaron más personas procedentes del interior de la base lunar. El doctor Karl Schwergen era uno de ellos. Él fue quien abrazó a Anne con mayor efusión y ternura.

—¡Pequeña mía, cuánto me alegro de volverte a ver!

—Gracias, doctor. Eres muy bueno conmigo... ¡Qué mundo más maravilloso aquél! ¡Hay que volver allá inmediatamente!

Sin embargo, la alegría de Anne Rye iba a sufrir pronto un rudo golpe, cuando llegó Isaac Kostlov y dijo, con el ceño fruncido:

—No podíamos esperar otra cosa de ti, Anne Rye. No sólo has incumplido nuestras órdenes, sino que has osado enamorarte de ese aborigen.

—¿Qué dices, Kostlov? ¿Me habéis estado espiando?

—¿Qué otra cosa podíamos hacer, estando nuestro futuro en tus manos? Sabes que has utilizado la única nave espacial de que disponemos.

—-He cumplido mi misión, Kostlov.

—¡De un modo ignominioso!

—¡Ninguno de vosotros tiene derecho a inmiscuirse en mi vida privada!

—¡Durante esa misión, tu vida no era privada, descarada! —rugió Kostlov.

—Calma, Isaac —medió el doctor Schwergen, conciliador—. Anne Rye es joven. Nosotros no somos nadie para juzgar sus actos. Ha esterilizado su cuerpo y su equipo. No hay riesgo de gérmenes. Y, según parece, las condiciones ambientales de nuestro planeta madre son óptimas.

—¿Todavía la defiendes, Karl? —intervino Pierre Labarde, el otro miembro del triunvirato, que acababa de aproximarse al grupo—. Exijo que Anne Rye sea castigada por su acto vergonzoso de infamante lascivia.

—¡Basta! —gritó Anne, reponiéndose de su estupor—. Ya que todos os comportáis como chiquillos insensatos, dejadme, al menos, decir algo… Enni es un hombre mejor dotado que cualquiera de vosotros, viejos caducos y rencorosos. Nació en la Tierra, después de la Gran Hecatombe. Pertenece, como yo, a la nueva generación. Y aunque sus conocimientos filosóficos y técnicos no sean como los nuestros, en su mente hay limpieza, honradez y claridad. ¡No es un engendro, sino un ser humano, casto y puro! ¡Y oídme bien todos, de una vez para siempre: en mi vida privada nadie tiene derecho a inmiscuirse, soy libre; ¡Me habéis entendido?

—¡No te permitiremos insolencias ni rebeldías, Anne Rye! ¡La seguridad de todos depende del absoluto acatamiento a nuestras órdenes; por tanto, considérate arrestada! ¡No volverás jamás a la Tierra!

Las últimas palabras de Isaac Kostlov fueron como una sentencia de muerte para la muchacha, de cuya tez huyó la sangre, volviéndose pálida como un cadáver.

—¿Qué dices, Isaac Kostlov? ¿Es cierto lo que he oído?

—Lo hemos decidido en consejo —añadió Pierre Labarde—. Has atentado a la seguridad colectiva.

—¡Pero yo…!

Volviendo el rostro en derredor, Anne Rye captó muchas miradas hostiles. Otras eran indiferentes. Sólo

Virginia Marryat, que la amaba como una madre, y el doctor Schwergen, la miraron con compasión. El médico dijo:

—No tenéis derecho a hacer esto, Isaac. —Velamos por la

integridad de todos, Karl… Joseph, Tim, Mark, llevadla a su alojamiento y encerradla.

Luego la juzgaremos. Ahora, hemos de examinar el contenido de la grabación magnética.

El joven Joseph y los veteranos Tim Becket y Mark Bertin se situaron junto a la muchacha. Tim dijo:

—Vamos, Anne. Es mejor para todos. Ahora manda el consejo. Pero habrá juicio.

—¿Es delito amar a un hombre, Tim Becket? —presunto Anne, anhelante.

—Aquí, no, pequeña. Ya conoces las reglas. Pero como tú lo has hecho… Bueno, ha sentado mal. Luego veremos si es delito o no. Hay mucho que hablar.

Anne Rye no tuvo más remedio que dejarse conducir. Parecían haber cambiado algo las cosas durante su ausencia. El Consejo de Mayores había tenido mu-chas reuniones importantes, y la tendencia filosófica de Pierre Labarde se había impuesto sobre la conservadora de Karl Schwergen.

Anne Rye tuvo noticias del cambio en cuanto quedó encerrada en su cabina, de donde se habían retirado muchas de sus pertenencias íntimas, entre las que estaban los recuerdos de su madre. Sólo le habían dejado lo necesario para su aseo personal, el reglamento de la Base IV y una Biblia metamorfoseada por siglos de conveniencias históricas, y en donde los seis días de la Creación del génesis se habían convertido en seis ciclos o épocas y la propia obra de Dios en un enunciado cosmogónico, tan esotérico como la propia teoría tolomeica.

Anne Rye habría de comprender muchas cosas releyendo las sagradas escrituras. Y hasta creyó verse a sí misma, desdibujada, por supuesto, formando parte de la Sublime Historia de Dios, que no es la de los hombres, aunque éstos se obstinen en creerlo así.

Cari Schwergen acudió a verla horas después. Anne Rye no podía salir de su cabina, pero sus compañeros sí podían ir a visitarla. Y el viejo médico, sentándose en la butaca, sonrió a la muchacha.

—Te admiro, Anne Rye… Igual que admiré a tu madre, mientras todos esos fariseos la condenaban. Es preciso tener valor para atenerse a las propias convicciones de uno. Y yo creo que tú tienes razón. Eres libre y estás en tu derecho de amar a quien quieras y donde te plazca, especialmente, si tu amor es sincero. Tu madre era así.

»Isaac, Pierre y Antoine son un poco, como era Herbert Lery. Pero aquéllos eran unos tiempos y éstos son otros.

—¿Qué quieren hacer conmigo, Karl?

—Ni ellos mismos lo saben. Están confusos y atribulados bajo el enorme peso y la responsabilidad que se han echado encima. Y no los

creo capaces de solucionar los problemas que ellos mismos se han creado. ¿Me comprendes?

»La verdad sólo tiene un camino, que es el recto y sin vericuetos. Pero hace falta tener la vista libre de prejuicios y obstáculos para ver el camino. Pierre quiere atribuirse el papel de Dios moderador y modificar la obra del Altísimo, porque está imbuido de soberbia. Cree que cuatro cachivaches electrónicos y sus conocimientos astrofísicos le pueden sustituir su falta de fe. ¡Pobre hombre! No me extrañaría nada que hubiera hecho un pacto con Antoine e Isaac.

—¿Un pacto? ¿Para qué? —preguntó Anne.

—Es obvio. Ahora sabemos que no estamos solos y que nuestro planeta es hóspito. Lógicamente, querrán volver y organizar una nueva sociedad, reservándose los primeros puestos.

—¿Ambición de poder?

—Digamos mejor ceguera. Pierre se considera en posesión de la verdad. Ha dedicado muchos años a su filosofía y pretende imponérnosla. Le he oído decir cosas muy peregrinas, como la de crear dos castas en la Tierra, una privilegiada, dedicada al estudio de la ciencia, y otra que estará dedicada al trabajo. Señores y esclavos, poco más o menos, aunque él pretenda disfrazar la esclavitud con un ropaje de comprensión y justicia.

—¿Pretende que los actuales moradores de la Tierra trabajen para nosotros? —preguntó Anne Rye, consternada.

—Poco más o menos. Después de la Gran Hecatombe, el azar ha diferenciado dos clases de seres. Nosotros, herederos de una cultura superior, que colaborábamos aquí con la investigación espacial, y los pobres parias de allá abajo, seres sin preparación ni cultura, que sólo han podido sobrevivir de puro milagro, como si estuvieran destinados a las tareas más serviles.

—¡Eso es inicuo! —exclamó Anne.

—Pienso como tú, Anne. Pero el Consejo acepta esas ideas de Labarde porque les convienen. Saben que si volvemos a la Tierra, la tarea de reconstrucción será ardua. Y no se sienten con fuerzas para un trabajo.

—¡Nadie puede obligarles a realizar un esfuerzo para el que no están habituados! —replicó Anne, con energía—. Pero ello no significa que hayan de esclavizar a los demás. Si esas bases injustas se imponen, la humanidad será en el futuro peor de lo que era antes.

—Pues mucho me temo que entre los jóvenes de la Base haya causado efecto esa doctrina de castas y privilegios. Y si queremos evitarlo habremos de sufrir las consecuencias…, ¡porque están dispuestos a considerar clase inferior a los que no opinen como ellos!

—¡Dios mío! —exclamó Anne Rye—. ¡Esto es abominable! ¡Y me opondré con todas mis fuerzas, y hasta con mi vida, para impedirlo!

El doctor Karl Schwergen acarició la mejilla de Anne y dijo:

—Muy fuerte habrá de ser tu oposición, si es que quieres evitarlo. Pero me temo que no te servirá de nada. Los rumores que corren son de destierro para ti.

—¿Destierro? ¿Qué significa eso?

—Serás juzgada y condenada a la expulsión o a permanecer encerrada por el resto de tus días. La cárcel les atrae. Ese es el comentario que he oído. Hay muchos que opinan que la humanidad necesita cárceles. El destierro entraña un peligro. Afirman que los desterrados pueden combatir desde su exilio y llegar a representar un peligro.

—¡Qué canallas son! ¿Y eso porque he amado a un semejante, cuyo espíritu es superior al de todos ellos?

—No todo es por eso, Anne. Parece que nadie ha olvidado quien fue tu madre. Y si ella tuvo valor para acabar con el tirano en que se estaba convirtiendo el coronel Lery, temen que tú puedas hacer lo mismo con ellos. Los lazos hereditarios son muy fuertes.

—Me defenderé contra esas asechanzas, Karl. ¡Me opondré con todas mis fuerzas a sus turbias maquinaciones! ¡Hablaré durante el juicio, porque no pueden condenarme sin escucharme; y todos sabrán la verdad! Luego... que hagan de mí lo que quieran.

—Virginia Marryat y yo estaremos contigo, Anne. No desfallezcas lo más mínimo.

—Te prometo que no lo haré.

CAPITULO V

Como si un nuevo estímulo, mucho más fuerte que la propia supervivencia, hubiera surgido entre los compañeros de Enni, la vida empezó a desarrollarse con mayor ímpetu, mayor colaboración y nuevos deseos de crear los cimientos de algo grande.

Enni había hablado de Enni-ra a todos. La describió como una especie de diosa enviada por la Luna.

—Es distinta a nosotros —dijo a todos los que le escuchaban—. Muy hermosa, radiante, y me dijo lo que debíamos hacer para vivir mejor. Esto —Enni mostró la cápsula de sodio— debemos mezclarlo en pequeñas cantidades con los alimentos. Cuando se nos acabe, hemos de buscar piedras blancas que tengan el mismo sabor.

»Según Enni-ra, no existen muchos seres como nosotros en el mundo. Los que viven, dispersos, han de ser reunidos por nosotros. Hemos de darles un nombre, enseñarles nuestra lengua, formarlos en el trabajo y en las buenas costumbres. Nadie puede atacar a otro. Nos debemos respetar mutuamente. De la Luna, que es el disco de plata que aparece en la noche, vendrán hermanos nuestros y nos enseñarán lo que el hombre no debe olvidar.»Parece que la cadena de la vida quedó rota cuando se produjo el Gran Desastre. Pero nosotros hemos de perpetuar la especie, trayendo nuevos hijos, como han hecho Dix y Set-ra.

»Ese es nuestro deber. Será difícil y penoso, pero si de arriba nos ayudan, el mundo volverá a ser como cuando Dix nació.

Dix, que abrazaba a Set-ra, sonrió y dijo:

—Recuerdo que había ciudades muy grandes, con casas metálicas muy altas, calles que se movían solas, vehículos eléctricos, fábricas, puentes... ¡Todo lo que habéis visto en el libro que guarda Enni!

El libro y el fusil láser de Enni eran muy importantes. Las mujeres y sus hijos recordaban la amarga existencia que habían llevado con el hombre fiero y barbudo que les había dominado. Ahora, todo era diferente.

Y si Enni hablaba de los seres de la Luna, siendo él un ser idealizado, ¿cómo serían los otros? La idea del ser supremo, del dios volador y rey de los espacios, se formó en casi todos ellos.

—Hemos de seguir buscando y reuniendo a todo ser humano —continuó diciendo Enni—: Buscaremos un lugar adecuado para construir un pueblo. Este es bueno, pero se nos quedará pequeño pronto. Y es preciso pensar en que, con el tiempo, los hijos de nuestros hijos, serán muchos más que nosotros.

»Enni-ra me lo demostró con un ejemplo. Tomó dos piedras

iguales, que representan el hombre y la mujer, y las juntó. Las dos primeras piedras hacen piedrecitas, que pronto crecen y se unen a otras piedras. El número se hace cada vez mayor. Luego, las primeras piedras, que somos nosotros, mueren. Pero de su semilla han nacido muchos seres. Y así sucesivamente.

»La unión de todos esos seres se llama un pueblo. Nosotros somos ya un pueblo, ¿comprendéis? Aquí cada uno tiene una misión, un deber que cumplir. Los pequeños han de aprender de los mayores y hacer lo que ellos hagan. Y no se puede enseñar mal a los niños, porque se aprende antes lo malo que lo bueno. Así lo dice Enni-ra.

—¿Por qué no viene ella a vivir contigo, si es tu mujer? —preguntó la hija mayor de Set-ra, una criatura de ocho años, llamada Quik-ra, de acuerdo con los nombres numéricos que habían estudiado entre Dix y Enni.

—Enni-ra volverá pronto. Me lo prometió —dijo Enni, mirando al cielo—. Ahora tiene una misión que cumplir. Pero estoy seguro de que vendrá. Habremos de construir una mansión digna de ella.

—Si tarda algún tiempo —intervino Tro, seriamente, con su torpe lengua —podemos hacer una gran casa de piedras cuadradas. Yo estuve trabajando en una casa así, allá en la selva. El jefe nos dijo cómo debíamos hacerla. Y, aunque las paredes se cayeron, creo que si las piedras fueran más grandes y mejor trabajadas, no se caerían.

Tro demostraría, por medio de piedras planas, que su idea era excelente. Y la idea agradó a Enni, que aspiraba a lo mejor para Enni-ra.

—Muy bien, Tro. Elegiremos el lugar más bonito. A Enni-ra le encanta mucho la hierba y el agua. A dos días de aquí hay un lugar magnífico para hacer la casa de Enni-ra.

El entusiasmo se contagió. Todos habían idealizado a Enni-ra, por la descripción del único que la había visto. Además, el cuidado de la tierra y el ganado podía hacerlo Oct y algún pequeño. Hacían falta herramientas, sin embargo. Y Dix dijo dónde podían ser halladas, recordando las ruinas de una población, ya invadida por la vegetación y en donde existían muchísimos esqueletos insepultos.

Así se decidió en consejo y así se puso manos a la obra. En grupo, dejando sólo a los que debían cuidar los animales y las tierras, se dirigieron hacia el lugar elegido. Enni quería establecer los cimientos de un pueblo, y no escatimó terreno para el gran templo erigido en recuerdo de la exuberante mujer que le había prometido volver.

Tro encontró también una cantera y empezó a dibujar las piedras. Dix, Zink y C-tro fueron en busca de herramientas, ¡y regresaron con dos jóvenes, que habían encontrado ocultos en las ruinas de la ciudad!

Aquellos muchachos, de unos quince o dieciséis años, dijeron haber vivido siempre en una cueva, acompañados de su madre. Pero

ésta se durmió una noche y no despertó más. Desde entonces, los jóvenes, a los que Enni señaló como Vent y Enni, habían vivido de frutos salvajes, de raíces, de animales que cazaban con trampas y de peces que sacaban de un estanque.

El refuerzo de cuatro nuevos brazos sirvió para estimular aún más a los miembros de la Familia, dedicada de pleno al trazado y construcción de Paraíso, como convinieron en llamar a su futuro pueblo.

Aquel nombre había significado una pequeña discusión entre Dix y Enni, pues el primero quiso saber la razón de la propuesta del segundo. Enni miró al cielo, contempló la Luna y repuso:

—Ella me dijo que este mundo nuestro podía ser un paraíso.

—¿Y qué sentido tiene eso?

—Me habló de la armonía entre nosotros, del amor que los hermanos deben sentir entre sí, de la bondad de corazón. Me dijo que la Tierra fue creada por un ser supremo y poderoso, cuyo amor por nosotros era tan inmenso que nos envió a su propio hijo y éste se dejó matar para redimir a los hombres.

—¿Qué historia es ésa? —preguntó Set-re.

Dix se había quedado muy serio, de pronto. Fue él, no obstante, quien dijo:

—Siendo yo niño escuché de labios de mi madre una historia semejante.

—Es una historia muy bella —añadió Enni—. Haremos que Enni-ra nos la vuelva a contar cuando regrese con sus hermanos.

—¿Es que vendrán los que están allá arriba? —quiso saber C-tro.

—Espero que sí. Y con su ayuda, pronto tendremos resueltos muchos problemas.

*

—¡Mirad! ¡El pájaro brillante! —gritó una de las niñas, corriendo hacia los muros de piedra, donde trabajaban hombres y mujeres—. ¡Ha vuelto Enni-ra!

El corazón de Enni, que estaba subido sobre un ancho muro, pareció volcarse. Alzó la vista al cielo azul y descubrió el objeto metálico. Al poco escuchó el mismo ruido que oyera al despedirse de la mujer con quien no había dejado de soñar en todo aquel tiempo.

—Sí —exclamó, jadeante—. ¡Es ella! ¡Al fin ha vuelto!

La tristeza de Enni se había acentuado en los últimos tiempos, porque los días pasaron, lentos, interminables, y no recibió de Enni-ra ni siquiera un mensaje onírico. En cambio, su dormir había estado interrumpido por sueños desagradables, amenazadores y confusos.

Ahora, su alegría se desbordó y, descendiendo de! muro, corrió,

junto con sus compañeros, hacia el prado verde, saltando y agitando los brazos, al igual que ' hacían todos, para así llamar la atención de los visitantes del cielo.

La nave interplanetaria, con su rugiente estruendo, planeó, dejando tras sí una estela de fuego, y luego efectuó un círculo completo, sobre el lugar donde se estaba alzando el templo de Enni-ra.

Los componentes de la Familia no cabían en sí de gozo. La promesa se cumplía. Ella regresaba. Y todos podrían gozar de la maravillosa contemplación, porque Enni había dicho cosas extraordinarias de ella.

Era insoportable, sin embargo, el ruido del aparato volador. Hubieron de taparse los oídos. Aun así, el estruendo repercutía en sus tímpanos, aturdiéndoles.

Al fin, la nave empezó a perder altura y terminó por posarse, suavemente, en el extremo de la gran pradera verde, como un gran pájaro de plata con alas en semicírculo. El fuego se extinguió en su cola, al quedar inmóvil, y cesó el horrible ruido.

Enni y sus compañeros, que se habían detenido, asustados, echaron a correr ahora, recobrando el júbilo y entusiasmo. Había más de un kilómetro desde donde se encontraban hasta el sitio en que se había posado la espacionave, pero Enni, ligero como el viento, recorrió la distancia en un tiempo increíble, llegando antes que nadie a su anhelado objetivo.

Allí, cerca de la nave, se detuvo. Una figura humana, ataviada con ropas oscuras, sin casco a la cabeza, con gafas, y sosteniendo un objeto azul en las manos, le aguardaba.

¡Era un hombre y no Enni-ra!

El jefe de la Familia no pudo ocultar su decepción. Y más cuando miró hacia la nave y vio descender dos hombres más por la escalerilla. Cada uno vestía de modo diferente, pero todos llevaban aquel aparato azul, alargado y extraño, en las manos. Sus semblantes tampoco eran amistosos.

Enni se dio cuenta, además, que no eran hombres jóvenes, sino casi ancianos, de piel arrugada y cabellos canos.

El de las gafas, que había descendido primero de la nave, apuntó a Enni con su arma electrónica y dijo:

—-Arrodíllate delante de tus superiores... Que se arrodillen todos. Somos vuestros amos.

Enni tuvo dificultad en comprender aquella lengua,

Que era la misma que hablaba Enni-ra, y la que él aprendió en sueños y enseñó a su Familia. Tal vez fue el acento duro y desconsiderado del hombre, o la poca amistad de su gesto.

—No te entiendo... ¿Dónde está Enni-ra? ¿Por qué no ha venido?

—¿Cómo te atreves a hacerme preguntas? —rugió el otro—. Soy tu amo y señor. Desde ahora tienes que bajar la cabeza cada vez que me hables. No eres nada… ¡Ninguno de vosotros sois nada! ¡Una brizna! ¿Me entiendes?

No, Enni era incapaz de comprender. Miró anhelante hacia la escalerilla, como esperando ver surgir a Enni-ra. Pero nadie más descendió.

Los otros, que habían llegado corriendo detrás de él, se detuvieron también, sorprendidos al no ver a la mujer que esperaban. Los tres hombres armados parecían significar una amenaza.

—No comprendo —dijo Enni, sin bajar la cabeza—. Enni-ra me dijo que vendría. Esa es la nave que ella trajo. Yo estuve dentro. La hemos estado esperando.

—Escucha, Enni —habló de nuevo el hombre de las gafas—. Soy Isaac Kostlov, vuestro amo y jefe del Consejo. Estos son mis compañeros Pierre Labarde y Antoine Prev. Nosotros mandaremos aquí a partir de ahora y no se cumplirán más órdenes que las nuestras. ¿Queda esto claro?

»Vosotros seréis nuestros siervos. Acataréis nuestras órdenes sin replicar, y así se lo enseñaréis a vuestros hijos. Los amos han vuelto. Esta tierra es nuestra. Vosotros la trabajaréis según nuestras instrucciones.

Dix se adelantó hasta situarse junto a Enni, quien parecía desconcertado.

—¿Con qué derecho venís a darnos órdenes? ¡Nosotros no necesitamos amos!

Isaac Kostlov apretó los labios y replicó, entre dientes:

—¿Quieres morir, insecto despreciable?

—¿Por qué he de morir?

—¡No repliques! —bramó Pierre Labarde, avanzando unos pasos y apuntando a Dix con su arma—. ¡No sois más que salvajes, seres sin estudios ni conocimientos que habéis vivido de puro milagro!

—No os entiendo —contestó Dix—. Nosotros esperábamos a Enni-ra cuyas promesas de amor aguarda impaciente mi hermano Enni. ¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué…?

—¡Cállate, estúpido! —rugió Kostlov, agitando el arma electrónica en sus manos—. Necesitaremos borregos como vosotros, para trabajar. Pero no nos importa matar a unos cuantos para que los demás conozcan nuestra fuerza.

—Os ruego calma y serenidad —dijo Enni, con palabras mesuradas y suaves—. No dudo que podáis matar con esos objetos que lleváis. Pero nosotros no merecemos vuestro enojo. Os suponemos amigos de Enni-ra, sus hermanos mayores, posiblemente. Y no dudéis que os pensábamos acoger con nuestros mejores sentimientos. Teníamos

preparado el mejor alimento, la leche más dulce y la carne más fina.

»Tampoco dudamos que, habiendo vivido en el planeta radiante, seáis más sabios y poderosos que nosotros, porque se os dejó la herencia del pasado.

—¿Qué sabes tú de todas esas cosas? —rugió Kostlov—. ¡Basta ya de tonterías! ¡No tenéis por qué saber lo que hemos hecho! ¡No os está permitido saber nada, excepto lo que se os mande hacer! Así lo hemos dispuesto y así se hará.

—Yo también nací antes de la Gran Hecatombe —habló Dix, desafiante—. No he vivido allá arriba ni he volado en pájaros metálicos. Lo que sé lo he aprendido aquí, en el mundo que fue de mis padres… No, yo no acataré vuestras órdenes. O somos todos hermanos o…

—¡Malditos charlatanes! —rugió Kostlov—. ¡Toma lo que te mereces, gusano!

Del arma que empuñaba Isaac Kostlov surgió un relámpago azul.

Dix se contrajo, abriendo exageradamente los brazos y brincando al mismo tiempo. Luego, ¡todo su ser, incluyendo sus deterioradas ropas, se volvió incandescente, para terminar por desaparecer en pocos segundos, volatilizado por la terrible descarga fotónica!

Enni, que instintivamente había saltado de costado, al ver el gesto de Kostlov, se tomó blanco como la cera al ver la suerte de su entrañable amigo. Emitió un jadeo y luego se arrodilló, bajando la cabeza.

—Haced lo que os dicen —ordenó a sus camaradas.

Todos le obedecieron, excepto Set-ra, la cual chillaba histéricamente.

—¡Dix, Dix, Dix! ¡No, no! ¿Qué han hecho contigo?

—¡Haced callar a esa loca! —gritó Kostlov, blandiendo su arma en semicírculo—. El que trate de oponerse a nuestras órdenes, correrá la misma suerte que ese estúpido. No podemos tener contemplaciones con ninguno. Sois nuestros obreros. Nosotros somos los amos y no se nos replicará nunca. Os podemos aniquilar a todos y crear una raza nueva.

—Sí… Mandad y seréis obedecidos —repuso Enni, sin alzar la cabeza del suelo.

—Eso está mejor, Enni. Veo que lo habéis comprendido. Tal vez vosotros esperabais que os tomásemos bajo nuestra tutela y os enseñáramos lo que nos ha costado muchos años aprender, ¿no es así? ¡Qué necios y simples sois todos!

»Lamento haber tenido que desintegrar a ese infeliz. En verdad, no pertenecía a esta época. Debió morir durante el cataclismo. Pero no le echaremos de menos. Hay suficiente mano de obra aquí para lo que nos proponemos hacer.

Mientras hablaba, Isaac Kostlov se acercó a donde yacía Enni, arrodillado y con la cabeza baja.

—Así habéis de estar siempre ante nosotros, ¡como siervos! La humanidad del futuro estará compuesta por seres superiores, seleccionados, que gobernarán sobre vosotros. Eso no quiere decir que alguno de vosotros, si es digno y capaz, sea elevado a la jerarquía superior, porque, lógicamente, habrá evolución y crecimiento y nosotros no vamos a vivir eternamente.

»De modo que oídlo bien. Se premiará vuestra docilidad y sumisión, vuestro denuedo, inteligencia y capacidad.

»Ahora, ese templo que estáis construyendo será derribado. Nosotros os diremos lo que debéis hacer y cómo. Es preciso construir alojamientos para vuestros amos, los que todavía están allá arriba y que irán llegando en viajes sucesivos.

Haréis lo que os mandemos y no la majadería que estabais haciendo. Anne Rye no necesita ningún templo. No es ninguna diosa, ¡sino una convicta!

»¿Sabes dónde está la muchacha que tanto adoráis? ¡La hemos encerrado durante diez años! Fue juzgada y condenada por lascivia, rebeldía, desacato y falsedad.

Enni sintió acudir lágrimas amargas a sus ojos. Un nudo opresivo se le había formado en la garganta. Sus manos temblaron y su corazón pareció sangrarle. No había entendido bien el significado de las palabras de Kostlov, pero supuso que algo malo ocurrió a la mujer a la que adoraba.

A pesar de esto, no se atrevió a levantar el rostro, mordiéndose la lengua y conteniendo los ardientes de-seos de levantarse y arrojarse al cuello del hombre odioso que le enviaba el cielo.

—Hemos decidido venir a instalarnos en este mundo que nos corresponde y nos pertenece por derecho propio. Nosotros fuimos a la Luna a investigar en beneficio de la ciencia y el progreso.

»Ahora que el peligro de epidemia parece haber pasado, volvemos al medio que nos corresponde. Somos héroes de la humanidad, supervivientes de una gloriosa raza que ni siquiera los más pavorosos cataclismos pueden aniquilar.

»Nosotros no hemos vuelto para causaros ningún daño. Queremos vuestro bienestar, pero debéis trabajar porque alguien debe realizar esa labor. Hay mucho que reconstruir. Nosotros construiremos la ley y la ciencia y vosotros seréis la mano ejecutora.

«Seremos justos. Tendréis alimentos, ropas y cobijo. Pero vuestra sumisión habrá de ser completa. De lo contrario, la muerte será el único castigo.

—¡Matadme a mí también, como habéis hecho con él! —gritó de pronto Sat-ra, saliendo de su amargo llanto y desafiando a los nuevos

amos—. ¡Yo no acataré nunca lo que digáis!

Sus hijas, a un gesto imperioso de Tro, la sujetaron y le taparon la boca. Enni, sin moverse, rogó en silencio para que no se produjeran nuevas muertes. Había comprendido, al fin, el significado de la llegada de aquellos hombres y sus despóticos designios, contra los que se opondría siempre. Pero no quería correr, impunemente, la suerte de Dix.

¡Dejarse matar era una estupidez! ¡Él prefería fingir sometimiento y luego luchar, incluso empleando el fusil láser, con tal de librarse de los que pretendían esclavizarles!

Enni había sufrido una decepción muy grande, al no ver a Enni-ra. Pero a medida que pasaban los segundos y su mente aclaraba conceptos, comprendía que ella no volvió porque se lo habían impedido. Y hasta parecía estar encerrada e imposibilitada. ¡Necesitaba ayuda!

¡Él tenía que ayudarla!

¿Y qué ayuda podía ofrecerla, si se dejaba matar?

La astucia del jefe de la familia se había manifestado en numerosas ocasiones, cuando para obtener de-terminada concesión de sus compañeros, con respeto a algún tipo de realización y trabajo, en vez de ordenar-lo, puesto que era el más indicado, preguntaba qué se podía hacer, escuchaba las respuestas, discutía y terminaba por considerar la solución que previamente pensada, de forma que los otros aceptaban la tarea o la idea de la misma como cosa suya.

Enni era hábil e inteligente. Hacía años que comprendía muy bien cuál era la verdadera situación de sus vidas. Dejó creer a sus camaradas que Enni-ra era un ser superior. Esto le convenía. Se dio cuenta que todos necesitaban un aliciente, a modo de «recompensa celeste», porque deseaban creer en algo importante que estuviera por encima de ellos.

Enni-ra era una mujer de carne y hueso, muy bella, por cierto. Pero los otros no la habían tenido en sus brazos, como él, ni habían sentido enardecerse la mente con sus besos. Todos ignoraban esto. Sólo sabían que llegó de «arriba», como los hombres implacables que llegaban ahora, matando y haciéndose odiosos.

Enni comprendió que la mujer de sus sueños debía estar en dificultades. Era evidente, de lo contrario, habría vuelto. Y aquellos individuos le acababan de decir que estaba encerrada para mucho tiempo. Rebelarse, pues, abiertamente, contra ellos, era estúpido. Fingir miedo y acatamiento era mucho mejor, según le indicó su razón. Si lograba salvar la situación, sin hacerse matar neciamente, como Dix, las cosas podían cambiar, porque él no dejaría de aprovechar cualquier situación que pudiera presentársele.

Por esto, siempre con la cabeza baja, dijo:

—Sois nuestros amos. Mandadnos y os obedeceremos.

—Eso es más razonable, Enni —intervino Pierre Labarde, que no era amante de la violencia—. Así irá todo mejor. Levántate.

Enni se levantó. En su rostro parecía haber una expresión resignada.

CAPITULO VI

—Hemos de obedecer las órdenes de los amos —había dicho Enni a su familia—. Ellos lo quieren así. De lo contrario, nos destruirán a todos, como han hecho con Dix.

Set-ra, con los ojos enrojecidos por el llanto, abrazando a su pequeño Dixet, no cesaba de preguntar por el desaparecido; su voz era ronca ya, casi un abogado y espasmódico susurro:

—¿Dónde está Dix? ¡Qué ha sido de él? ¡No puedo creer que haya muerto!

Enni sí lo creía. Pero no quiso aumentar la angustia de la mujer.

—Se ha ido allá arriba, Set-ra. Te esperará y cuan-do os volváis a juntar, será para no separaros jamás.

—¿Es cierto eso, Enni? ¿Te lo dijo ella?

—Sí. Me lo dijo.

El grupo se había retirado a sus toscas moradas de ramas, barro y piedras. Era de noche y las estrellas brillaban en el cielo. La nave plateada se había ido, con sus ocupantes. El hombre odioso de las gafas dejó dicho cómo habían de ser los edificios que era preciso construir con los materiales empleados para levantar el templo.

Y también se llevaron el fusil de Enni. Parecía que era esto lo que habían venido a buscar.

—Volveremos cuando el sol haya salido seis veces —dijo Isaac Kostlov, antes de partir—, Vendremos más y os daremos nuevas órdenes.

Enni pensaba en todo aquello. Se dijo que era inútil ofrecer resistencia porque ellos poseían armas destructivas. Huir tampoco era una solución aceptable. Estaba seguro de que los amos les encontrarían desde el aire, con su nave veloz, desde la que podían ver toda la superficie del planeta.

No tenían más remedio que aceptar la situación. Pero someterse no era sucumbir. Enni jamás renunciaría a su libertad y la de los suyos. Y por esto dijo:

—Oídme todos con mucha atención. No sé lo que ha ocurrido a Enni-ra. Parece que la han encerrado y no la dejan volver. Sin embargo, ella volverá algún día, antes o después. Necesito volver a verla y escuchar de sus propios labios las palabras sabias que necesitamos para la vida.

«Mientras, lo único que podemos hacer es fingir acatamiento. Es inútil oponerse a lo que ellos pretenden. Si nos quieren someter a su voluntad, obedeceremos dócilmente. No hay más remedio. Nos confortaremos unos a otros, animándonos en la desventura y el

sufrimiento de la esclavitud.

»Pero guardaremos el recuerdo de la libertad, de la familia y de la sangre. Esos lazos han de ser indestructibles, ¿me comprendéis?

»Es unión lo que os pido a todos; fe en el futuro, resignación y entereza. Sé que algún día nos liberaremos, porque sabremos esperar. Y entonces esos hombres pagarán todo el daño que nos hayan hecho.

—¿Y si no podemos liberarnos nunca? —preguntó C-tro.

—No hemos de perder la esperanza, amigo mío —repuso Enni—. Tal vez ocurra antes de lo que supones. Estoy seguro de que algo ocurrirá en favor nuestro. Ella se pondrá en contacto conmigo. Lo sé. Ahora, descansemos y recuperemos fuerzas para la dura tarea de mañana. El trabajo, tal y como ellos lo quieren, será duro a partir de ahora. Pero no debemos desfallecer. Mientras que nosotros nos fortalecemos, ellos envejecerán y serán débiles... ¡Y día llegará en que podamos dominarlos!

Enni estaba seguro de lo que decía. Su razón así se lo indicaba. Pero no sólo le habló la razón, sino que, mientras dormía, dos noches más tarde, «vio» de nuevo a Enni-ra, que se le apareció, radiante como siempre.

Ella estaba sola en el sueño. La acompañaba un hombre de rostro bondadoso, cábelas albos y ojos cansados, pero amigos.

—Siento mucho lo que te ocurre, Enni —le dijo ella—. Y he sufrido profundamente tus desventuras. Lamento la muerte de Dix, al que amabas. Has hecho bien en no rebelarte, porque ellos están dispuestos a mataros con tal de imponer su voluntad.

»No esperaba tu heroica actitud. Temí que tu oposición pudiera causarte la muerte. Ahora, con ayuda del doctor Schwergen, he podido ponerme de nuevo en contacto contigo y conocer lo ocurrido.

»Duerme, Enni; necesitas descanso porque la tarea será dura. Pero el doctor Schwergen es mi amigo y ha prometido ayudarnos. Ahora, gracias a su método de teleimpresión por microondas magnéticas, puedo ponerme en contacto contigo. Es el único procedimiento que ellos no pueden detectar, porque hablamos de cerebro a cerebro y tú me captas perfectamente. Puedo enviarte el texto de un libro de cien páginas en una milésima de segundo.

»Y ellos no pueden interferirme. El doctor Schwergen me duerme y en estado hipnótico te localizo y te transmito mis ideas. ¿No es maravilloso, Enni? Es como si estuviéramos de nuevo juntos, aunque nos separen cientos de miles de kilómetros. ¡Yo estoy en ti y tú estás en mí! ¡Te quiero, Enni, amor mío, porque me has dado lo más maravilloso que existe, que es el amor!

»Debes saber que espero un hijo... ¡Un hijo tuyo, Enni!

En sueños, él se agitó de gozo. La noticia no podía ser más estupenda. ¿Por qué, pues, había tardado ella tanto tiempo en dársela,

hablándole de otras cosas incomprensibles?

—¿Es cierto, Enni-ra?

Ella no podía, sin embargo, recibir comunicación alguna. Por esto continuó:

—El doctor Schwergen me ha reconocido, aquí en mi cabina, donde permanezco encerrada. Y ha diagnosticado que mis trastornos se deben a ese feliz evento. Estoy segura que será un niño, fuerte y valeroso, como tú.

»Fui juzgada por un consejo. ¡Están locos, Enni! ¡No saben lo que hacen! Se proponen dominar a todo el que se oponga a la insensata doctrina de Labarde, cuyo cerebro divaga, como el de todos los demás..

»¡No podrán conseguir más que odio y aborrecimiento, que caerá sobre ellos mismos! En realidad, Enni, no me han juzgado por haberte amado. Eso les tiene sin cuidado. Me preguntaron si estaba dispuesta a obedecerles en todo y por todo y considerar que vosotros habéis de ser algo así como bestias de carga, mientras que nosotros regresaremos a la Tierra como seres superiores y privilegiados. Si les hubiera dicho que sí, que aceptaba todo lo que habían dispuesto y reconocía la autoridad1 del consejo, me habrían impuesto un leve castigo, y todo habría concluido.

»Pero les dije que cometían un crimen de lesa humanidad. Ninguno tiene derecho a erigirse en soberano de otros seres, someterlos o esclavizarlos, sólo porque hayan sobrevivido a la destrucción de la humanidad y estén viviendo en precarias circunstancias.

»Vosotros sois seres humanos, Enni. Y más dignos de consideración incluso que nosotros, porque vuestros sufrimientos han sido mayores, teniendo que sobrevivir en un medio hostil. Se los dije, Enni. Me opuse a los disparates de Pierre Labarde, y por eso me condenaron.

»Pero sé que van a trasladarse a la Tierra. Han preparado un plan. Quieren construir una ciudad moderna y os han elegido como esclavos. Ellos se dedicarán a gobernar, a estudiar cuanto les plazca, a divertirse, y hasta han pensado nombrar algunos de vosotros como guardianes de vosotros mismos, a modo de policías, que tendrán ciertos beneficios, estarán exentos del trabajo y, aunque serán esclavos de los amos, no serán considerados como obreros.

»Así han imaginado la nueva sociedad. Ellos, que apenas les quedan unos años de existencia, desean vivir con opulencia, a cambio de vuestro esfuerzo. ¡Y eso es inicuo, Enni! ¡Yo no lo consiento y tú tampoco debes aceptarlo, porque es preferible morir, en el peor de los casos, antes de que prevalezca ese ignominioso sistema de castas!

»Pero ten calma, Enni. Tu actitud es la mejor. El doctor Schwergen cree que haces bien en fingir sumisión, dado que estáis indefensos y el

sacrificio de la rebelión sería inútil. Pronto llegarán todos ahí. Y entonces... Bueno, verás como Dios no permitirá que esos locos demoníacos impongan su locura.

¿Ten paciencia, Enni. Cuando llegue el momento todo se arreglará. Y entonces comprenderás que Dix no ha muerto en vano.

*

Antes de irse, Isaac Kostlov había dado instrucciones a Enni. A su regreso, muy poco de lo ordenado se había cumplido.

Kostlov, que volvía con doce miembros de la Base IV, algunos de los cuales habían nacido en la Luna y era la primera vez que pisaban la Tierra, montó en cólera y gritó:

—¡Te haré azotar, Enni! ¡Te dije que derribarais las paredes de este templo y con sus piedras hicierais los muros que os señalé! ¿Por qué no has obedecido?

Cabizbajo, Enni repuso:

—Hemos estado preparando nuevas piedras, Kostlov.

—¡Llámame amo Kostlov, esclavo maldito! —rugió el otro—. Sé que habéis estado cortando piedras y que laboráis de mala gana. Para que eso no ocurra, tu espalda será azotada veinte veces con una varilla metálica... Joseph, cuídate del castigo. Jack, Kurt, llevad al cabecilla de los esclavos a su campamento, atadle a un tronco y azotadle en presencia de sus compañeros.

Los nombrados obedecieron. Enni fue conducido por los dos selenitas —como se llamaban a los nacidos en la Luna— y amarrado a un poste de madera.

Allí fueron reunidos los miembros de la familia. Los nuevos señores, que miraban con curiosidad a los nativos y sus rústicas construcciones, parecían divertidos.

Enni no opuso la menor resistencia a sus verdugos, dejándose amarrar las muñecas. Y como llevaba el torso desnudo no fue necesario despojarle de sus vestiduras.

Joseph, que había regresado de la astronave, blandiendo una flexible varilla metálica, sonreía también, gozoso por demostrar su poder ante los sobrecogidos aborígenes.

—¡Azótale, Joseph! —ordenó Isaac Kostlov.

El aludido obedeció, descargando toda la fuerza de su brazo y haciendo que la varilla se hundiera en la carne de Enni, rasgándosela, haciendo brotar la sangre y obligando al torturado a encogerse de dolor, mientras un gemido escapaba de sus labios.

—¡Sigue, Joseph...! ¡Hasta veinte veces!

La familia de Enni, que hasta entonces no había comprendido la que se proponían los nuevos amos, protestó. Tro avanzó un paso,

amenazador. Pero los selenitas, encañonándole con sus armas, le conminaron a detenerse.

—¡Quieto ahí o mueres! —gritó Kostlov.

La varilla metálica golpeó de nuevo a Enni, de cuyos labios se escapó un grito de angustia y dolor.

«¡Resiste, Enni! —creyó éste percibir en su cerebro, como si una voz lejana y dulce le estuviera hablando desde el más allá—. ¡Debes ser fuerte! ¡No te doblegues!»

Enni apretó los labios, volviendo el rostro y mirando con odio animal a Isaac Kostlov.

La varilla siguió pegando con todo el vigor que le proporcionaba Joseph. Exi-ra se desmayó, siendo recogida por Zink y Nin. Por su parte, Set-ra exclamó:

—¡Dejadle! ¡No le matéis!

—No morirá por esto, mujer —replicó Kostlov—. Pero tampoco olvidará, en el futuro, que nosotros somos los que mandamos y nos obedecerá sin replicar.

Enni continuaba escuchando la dulce modulación de consuelo. Entornados los ojos y apretados los labios, resistió hasta el último golpe. Luego, cuando cesó el castigo y le soltaron, cayó al suelo boca abajo, y quedó inerte, como si estuviera muerto.

Fue una muchacha de ojos grandes y cabello corto y teñido de verde la que se acercó al caído, ante la indiferencia de sus compañeros, y con una tela fina que extrajo de sus bolsillos, procedió a limpiar la sangre de las profundas heridas de Enni.

—Ocúpate de ésos, Jack —ordenó Kostlov—. Ya sabes lo que han de hacer. Que empiecen el trabajo inmediatamente. Tú, Joseph, irás con Maggy y Ramsey en busca de los nativos que hemos visto en el lindero del bosque. Philby volverá a la Luna a por la expedición número dos.

Olga Glauber, la joven que se apiadó de Enni y restañó sus heridas, habló con voz suave y dulce:

—Te pondré un bálsamo, hombre. Debo ir a la nave a buscar el botiquín.

El herido no respondió. Ella se incorporó y se dirigió a la nave. Isaac Kostlov la detuvo, diciéndole:

—No es saludable demostrar piedad con esos salvajes, Olga.

—¡Creo que tú eres más salvaje que él, Isaac! —fue la seca y tajante respuesta de la muchacha—. ¿Es que quieres que muera desangrado? ¿No quieres que trabaje?

—Sí, y lo hará aunque no pueda sostenerse en pie. Me tiene sin cuidado si se muere o no. A estos ignorantes hay que tratarlos sin contemplaciones, para que aprendan a obedecernos.

—¡Es un ser humano!

—¡Basta, Olga; no me hagas enojar! ¡Si quieres ver-te como ellos no tengo inconveniente en retirarte el privilegio!

Olga Glauber no respondió y se alejó hacia la nave.

Aquél fue el primer incidente ocurrido con la llegada de los nuevos caciques* Después se sucederían otros. Oct, por ejemplo, quiso ir a ordeñar las vacas y dejó el trabajo que realizaba acarreando piedras. Por esto recibió un tremendo puñetazo de uno de sus guardianes.

También se cometió otro acto canallesco con Kik-ra, la hija mayor de Set-ra, a la que Joseph y Tom Ramsey, los dos peores «selenitas» de la primera expedición, se llevaron hacia el boscaje, pese a la oposición de la muchacha.

Los gritos de la infeliz se escucharon durante algún rato. Luego, se hizo un siniestro silencio. Más tarde, Joseph y Ramsey regresaron, hablando con Isaac Kostlov en privado durante un rato, y aunque éste pareció enojarse algo, acabó aceptando la explicación que le dieron.

Isaac Kostlov señaló a Tro y Vent para que fueran al bosque y dieran sepultura a Quik-ra.

—Buscarla y enterrarla. De ahora en adelante, los muertos han de ser sepultados.

Tro y Vent, provistos de toscas y herrumbrosas herramientas, se fueron y ya no regresaron.

Mientras, la familia consoló a Set-ra en su desventura.

También llegaron nuevos miembros a la familia. Joseph, Ramsey y una chica descarada llamada Maggy habían efectuado un corto viaje a pie. A su regreso trajeron a cuatro individuos en estado semisalvaje y que llevaban atados del cuello con una cadena de acero inoxidable.

Después se supo que los individuos pertenecían a un grupo nómada, tres de cuyos miembros habían sido muertos con rayos fotónicos. Los otros, demasiado asustados, se sometieron a sus captores.

Fue Enni, aún no repuesto de sus heridas, quien les habló, haciéndose comprender, no sin esfuerzo, animándoles y confortándolos. Lo mismo pidió a sus demás compañeros, tanto mientras trabajan como cuando se sentaban para-comer y descansar.

—Debemos esperar —decía Enni—. Sé que llegará el momento en que tendremos más fuerza que ellos... ¡Entonces los aplastaremos!

—¿Por qué no nos lanzamos ahora sobre ellos? —preguntó C-tro —. ¡Somos muchos más y los podemos dominar!

—No, hermano. Ellos tienen armas muy poderosas. Si, al menos me hubieran dejado el fusil...

—Es que luego vendrán más —insistió C-tro.

—Lo sé. Han ido a buscarlos. Y entre ellos ha de venir algún amigo. Debemos esperar y obedecer en todo lo que nos manden. Sed

sumisos y resignados. Enni-ra me ha pedido que tenga paciencia.

—¿Has hablado con ella? —preguntó C-tro, esperanzado.

—Sí, me ha hablado.

—¿Dónde está?

—Allá arriba, encerrada. Pero tiene amigos.

Isaac Kostlov tenía grandes proyectos, y se los ex-puso a Enni, como si el castigo que ordenó infringir a éste no hubiera tenido importancia.

—Queremos construir una gran ciudad —dijo, mostrando unos planos que había estado trazando—. Tienes que aprender esto, Enni. Sé que no eres tonto y que tus compañeros te respetan. Si colaboráis con nosotros, todo irá bien. Una vez construidos nuestros alojamientos, tendréis viviendas decentes… ¿Por qué me miras así?

—Me acuerdo de Quik-ra.

—¡Olvídala! —rugió Isaac Kostlov—. Fue un accidente.

—Joseph blasonó anoche delante de Exi-ra de haberla matado por resistirse a sus deseos.

—¡Joseph no sabe lo que dice! —gritó Kostlov—. La verdad es que la muchacha se mató al darse un golpe en la cabeza contra una piedra. Y dejemos eso. Quiero que te fijes en estos planos. Las rayas gruesas son los muros. Hay que colocar piedras con cemento y agua. Ya hemos obtenido el primer material, con el termógeno. Pero habéis de aprender a manejar el horno.

—¿Y Enni-ra? —preguntó Enni, de pronto.

—¡Ah, esperaba tu pregunta! —exclamó Kostlov—. No vendrá. Se quedará en la Luna para siempre.

—¿Por qué?

Mirando a Enni fijamente, Isaac Kostlov repuso:

—Ha sido la única que se ha opuesto a la voluntad de todos nosotros, desobedeciéndonos. Quedará desterrada para siempre allá arriba.

Enni sintió deseos de abalanzarse sobre el otro, pero se contuvo haciendo un esfuerzo sobrehumano.

—Ha sido juzgada y condenada. Ya te lo dije. La Base Lunar no puede ser abandonada, porque tenemos allí muchas cosas que nos serán útiles aquí, a me-nos que aprovechemos las que hallemos en las excavaciones que hemos de realizar.

»Anne Rye y el doctor Schwergen se quedarán allá arriba. Tendrán toda la instalación lunar para ellos. Aquí tenemos demasiado que hacer. Si tú quieres colaborar con nosotros, hazlo sin reparos. Tú serás el primer beneficiado. Si, por el contrario, tratas de obstaculizar nuestra labor, te eliminaremos y pondremos a otro en tu lugar.

»Hay más nativos dispersos por el planeta. Hallaremos alguno que reúna tus cualidades, ¿me comprendes? Y si accedes buenamente,

tendrás privilegios.

»Mis compañeros Labarde y Prev van a llegar pronto. Verás que son humanitarios y comprensivos. Todo será distinto en cuanto estemos instalados…

—¿Qué hemos de hacer? —atajó Enni, secamente.

—Eso está mejor, Enni. Ven conmigo. Te lo explicaré sobre el terreno.

Isaac Kostlov creyó haber sometido enteramente a Enni. Pero ignoraba que el espíritu rebelde del jefe de la familia estaba ya fraguando la venganza y el desquite.

«¡Esperaré a que seamos más que ellos y podamos dominarlos! ¡Cuando más confiados estén, caeremos sobre ellos y los someteremos!»

CAPITULO VII

Con la llegada de los restantes amos, la situación empeoró ostensiblemente para Enni y sus infortunados compañeros, a los que muchos de los recién llegados empezaron a tratar con un despotismo inhumano, exigiéndoles tareas ímprobas, ignominiosa sumisión y vergonzoso acatamiento.

Sólo una de aquellas personas se mostró compasiva con los nuevos esclavos. Se trataba de Virginia Marryat, la cual defendió al pequeño Dixet, que lloraba a rabiar, mientras su madre estaba obligada a transportar pesadas piedras cuadradas para las nuevas construcciones.

Enni, desde el muro donde ayudaba a colocar las piedras, utilizando la argamasa que les habían facilitado los «selenitas», vio a la anciana levantar a Dixet, abrazarle y hacerle mimos, para que cesara en su llanto. Aquel gesto maternal y humano granjeó inmediatamente sus simpatías. Catalogó a Virginia como una buena mujer y pensó aprovechar la oportunidad que tuviera para preguntarle por Enni-ra.

La ocasión se presentó poco después, al terminar el trabajo para la comida. Virginia estaba supervisando la cocina y hablando con Set-ra y Exi-ra, encargadas ahora de servir el alimento a sus compañeros de cautiverio,

Enni, con su cuenco de barro cocido, se acercó. Mientras Exi-ra le servía, miró a la anciana y trató de sonreír. Virginia sostuvo su mirada y devolvió la sonrisa, alentándole.

—Ha sido usted buena con Dixet, ama —dijo En-ni—. No lo olvidaré. Los que ayudan a los míos me ayudan también a mí.

—Tú eres Enni, ¿verdad? —preguntó Virginia, con expresión conciliadora.

—Sí —afirmó él.

—Allá arriba hay una muchacha que piensa mucho en ti.

El corazón bailó de alegría en el pecho de Enni al escuchar esto, pronunciado en la lengua extraña de los selenitas, y que era similar a la que Enni-ra le había enseñado a distancia.

—¿Cómo está, ama?

—Bien, aunque algo triste. La junta ha sido injusta con ella. No merece el castigo sufrido. Yo quiero mucho a Anne Rye, Enni. Ha sido siempre como una hija para mí.

—¿La dejarán venir alguna vez?

—Es posible. Ahora está con Karl Schwergen. Pero, desgraciadamente, tanto a él como a mí nos queda poco tiempo de vida —Virginia hablaba ahora con expresión nostálgica—. Pronto

terminaremos. Y Anne Rye se quedará sola. Los jóvenes no tendrán más remedio que ir a buscarla.

»Te aconsejo, Enni, que tengas paciencia. Esto cambiará. Cuando tengamos un pueblo más o menos organizado, Isaac será más benévolo. Ahora tiene muchas dificultades. Hay que construir y ellos están viejos y cansados. Yo no creo que la doctrina de Pierre llegue muy lejos.

—No —repuso Enni, entre dientes—. Estoy seguro de ello. Gracias por ser amable conmigo y con el pequeño.

Enni se alejó. Había visto a Joseph y Antoine Prev, acercándose. Le habría gustado seguir hablando con Virginia, pero tenía el tiempo justo para alimentarse y volver inmediatamente al trabajo.

Joseph, empero, que le había visto hablar con Virginia, se dirigió a él.

—Oye, ¿qué hablabas con esa vieja?

—Nada en particular —repuso Enni.

—¿Nada, estúpido? —rugió Joseph, dando una patada al plato de Enni y arrojándoselo al suelo, con su contenido—-. ¡No tienes que hablar con nadie, y menos con Virginia Marryat!

—Déjale, Joseph —medió Antoine—. No debes ponerte así. Virginia Marryat cuida de la higiene…

—¡No es por ella, sino por este gusano! —exclamó Joseph, amenazador—. ¿No te has dado cuenta que nos mira con rencor? Se lo dije a Isaac y te lo repito. Este sujeto nos dará un disgusto.

«¡Qué bien lo sabes, perro nauseabundo!», pensó Enni, agachándose a recoger parte del alimento caído. «¡Y tú serás el primero en pagar todo el daño que nos has hecho! ¡Te lo juro por la memoria de la infortunada Quik-ra!»

Antoine Prev, el menos fanático de los caciques, quizá porque los años y la experiencia le habían hecho comprender muchas verdades, rascándose la poblada barba, dijo:

—No lo creo, Joseph. Compadezco a estos pobres seres. La suerte no les ha tratado bien. Pero no es delito hablar con una camarada nuestra.

—¿Te olvidas de Anne Rye? —insistió Joseph.

—No. Vamos. Déjale comer tranquilo. Si les hostigamos mucho pueden soliviantarse. Recuerda tú a los huidos.

Los huidos eran Tro y Vent, a los que nadie había vuelto a ver desde que desaparecieran en el boscaje, al ir a dar sepultura a Quik-ra. Y ello también preocupaba a Enni. Suponía que sus compañeros huyeron para no soportar la nueva esclavitud. Pero estaban corriendo un grave peligro. Ambos habían vivido antes de modo salvaje, aislados de sus semejantes. El amor y la bondad los atrajo a la familia, y se portaron bien mientras tuvieron a Enni con ellos. Pero, ¿qué

harían ahora? ¿Cómo estarían viviendo? ¿En las ramas de los árboles, lejos de Paraíso?

Isaac Kostlov había enviado gente a buscarlos, pero no los hallaron. Enni había sido interrogado al respecto, por si sabía dónde estaban ocultos sus compañeros. Lo ignoraba, y así lo dijo, a pesar de las amenazas. En realidad, su inquietud por Tro y Vent era mayor que la de Kostlov, quien pronto se despreocupó, puesto que sabía que tarde o temprano los localizaría.

Los días fueron sucediéndose con agobiante lentitud. Los trabajos progresaban. Los grupos de reconocimiento, que cada vez iban más lejos en sus exploraciones, trajeron a nuevos individuos nativos, algunos de los cuales eran viejos, de época anterior al Gran Desastre; pero otros eran jóvenes, niños ambientados a un medio distinto al que vivían allí.

Enni llegó a contar hasta ciento cuarenta. Todos recibieron un nombre —número de identidad—, aun-que algunos se obstinaban en conservar su nombre anterior. Este era el caso de un sujeto delgado, de ojos hundidos y gestos nerviosos, que decía llamarse André Douai, haber nacido hacía sesenta y cuatro años, en Marsella, Francia, y no aceptaba más ley que la de su desaparecido país.

Douai había sido el único y milagroso superviviente francés en todo el orbe. Casualmente, navegaba en solitario por el Pacífico cuando se produjo el cataclismo. Su embarcación de plástico sufrió sacudidas increíbles, pero no se hundió. El se aferró firmemente a los soportes interiores, completamente estancado, y aguantó hasta que las aguas se calmaron.

—Como tenía alimentos para cierto tiempo —explicó a Enni, en su jerigonza extraña y antigua— arribé a tierra pasado un mes. Al principio no supe lo que había ocurrido. Todo estaba desierto. Hallé poblaciones arrasadas y muertos a millones. Espantado, volví a mi yate y me hice de nuevo al mar! ¡Aquello era aterrador! ¡Jamás podréis imaginar la infinidad de cadáveres que flotaban sobre las aguas!

»Pronto aprendí a huir de las corrientes marinas, buscando lugares donde la muerte no fuera tan gráfica. Y encontré una isla desierta, recién emergida del océano. Allí me instalé. El suelo era fértil. Había agua pura y abundante. Allí planté la bandera de Francia.

—¿Y has vivido allí todo ese tiempo? —preguntó Enni.

—No. Viví algunos años solo. Luego, fui a buscar a alguien. Si yo había sobrevivido, quizá hubiera alguien más en algún rincón del globo. Encontré a Gastón, Marcel, Guy, Ivette —Douai señaló a los esquimales que habían llegado con él—. Los llevé a Francia y empezamos a crear una nueva patria. Los pequeños son hijos de Ivette y de los otros. Son fuertes y sanos.

—¿Y luego llegaron los amos y os trajeron aquí? —terminó Enni, tristemente.

—Exacto. Vimos la nave espacial y salimos de nuestras viviendas, gritando, alborozados. Nos descubrieron, aterrizaron y... Bueno, henos aquí, con la humanidad superviviente.

—Lo siento, Douai —dijo Enni—. Ya has visto mi espalda. Las cicatrices me las hicieron ellos. Somos sus esclavos.

André Douai se encogió de hombros con displicencia y repuso:

—No lo seré por mucho tiempo.

—¿Por qué?

—No he nacido para trabajar. O me aceptan como amo o me muero y me quedo tan tranquilo. Yo hablaré con Isaac Kostlov.

Enni puso su mano sobre el hombro del francés..

—No te lo aconsejo. Tu puesto está entre nosotros.

—¿Acarreando piedras y haciendo zanjas? ¡Ah, no; muchas gracias! Sé muchas cosas. La humanidad no se puede componer sólo de aristócratas y villanos, señores y vasallos. Han de haber intermedios, matices, diferencia... ¡Y André Douai no será nunca Octitro para nadie!

Enni sonrió, tendido en su lecho de hojas.

—Entonces, tendrás que morirte, amigo. Aquí no hay más señores que ellos.

*

Enni estaba equivocado respecto a André Douai. Tampoco conocía bien los resentimientos y odios ocultos que guardaban los amos, entre los que se estaba gestando la disensión.

Fue Douai el primero en dar la nota estridente, a las pocas semanas de estar allí. Primero se le vio hablando con Isaac Kostlov; luego, con Antoine Prev...

¡Y con éste logró su propósito!

André Douai fue trasladado una noche de alojamiento, dejando el albergue de los cautivos e instalándose en una tienda de campaña de polivinilo que se utilizaba para resguardar las herramientas. A la mañana siguiente, con un distintivo en el brazo, armado de un látigo —¡el primer instrumento de castigo que se utilizaba en la colonia!— y un proyector láser de pequeño calibre, al cinto, se presentó ante la formación de los trabajadores.

Douai sonrió al mirar a Enni. Agitó el látigo y dijo:

—Servicio de policía, amigos. Espero que nadie tenga que probar mi látigo.

Enni se mordió los labios y no replicó. Había comprendido. Y el nuevo cargo quedó confirmado poco después, en las obras, cuando

llegó Isaac Kostlov, lujosamente ataviado, y fue saludado por el francés.

—No quiero contemplaciones con nadie, Octi-tro —dijo Kostlov—. Antes de venir a verme con una queja, prefiero que mates al infractor y le hagas sepultar.

—Descuide, mi señor. No defraudaré la confianza que mi señor Prev ha puesto en mí.

Kostlov torció el gesto y se fue. Ignoraba que André Douai se había comprometido demasiado con el barbudo Prev, y que la «troika» estaba a punto de desintegrarse, debido a las intrigas internas del Consejo.

La segunda manifestación de descomposición orgánica se produjo cuando, pocos días más tarde, Olga Glauber, la muchacha que se apiadó de Enni al ser éste azotado, fue escoltada por Joseph y Jack hasta el puesto de vigilancia de Douai.

—Olga ha perdido sus privilegios —habló Joseph, duramente—. De conformidad con el Consejo, pasa a formar parte de los obreros, sin ninguna clase de beneficios:

Olga tenía los labios apretados. Su mirada era dura. Pero no dijo nada, altiva y desafiante.

—¿Una más? —se limitó a preguntar Douai.

—Sí, una más —repuso Jack—. Llévala a las obras. Se alojará con las mujeres en el cobertizo femenino.

Los «selenitas» se fueron, dejando a Olga ante Douai, quien, sin hacer comentarios, se llevó a Olga, asida del brazo, hacia el gran edificio de piedra que albergaría la sede del nuevo estado terrestre, y que era una obra majestuosa y enorme.

Allí estaba Enni, trabajando sobre un elevado andamio.

—Baja, Enni —llamó Douai—. Traigo una nueva obrera.

Enni y los que estaban con él se quedaron atónitos al reconocer a Olga.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Enni, cuando estuvo ante la joven y el vigilante armado.

—¡No consiento más ignominias! —contestó Olga— ¡Lo que hacen Kostlov y Prev es intolerable!

—Cuidado con lo que' dices, Nin-zin-ra —advirtió Douai, que llevaba un perfecto control del personal a su cuidado.

Olga Glauber palideció al oír el nombre —número noventa y cinco femenino— que el guardián le asignaba.

—Ven conmigo, Olga —dijo Enni, amablemente—. No te preocupes. Quizá está madura la fruta y caiga por sí sola. André Douai habrá de tener mucho cuidado, a partir de ahora, para saber cuál será el nuevo amo.

—¡Quieto ahí, Enni! —atajó Douai, secamente—. Creo haber

tenido demasiadas contemplaciones contigo.

—¡Te conviene tenerlas!

—¡No te permito insolencias! —exclamó Douai, alzando el látigo—. Estoy por encima de ti y…

—Eso es ahora. Pero, ¿y mañana, Octi-tro? ¿No crees que el triunvirato terminará por disgregarse? ¿Y si los amos apoyan a Isaac Kostlov? ¿Y si tus compatriotas, Pierre y Antoine, son destituidos y tú caes con ellos?

Enni acertó en sus palabras. Sabía que Douai estaba protegido por Pierre Labarde, cuyas doctrinas filosóficas estaban desprestigiadas, y Prev, un cacique sin personalidad. Y sabía que el más avieso y temible era Isaac Kostlov, con el que Douai no estaba en muy buenas relaciones.

Acertó Enni de pleno, porque Douai estaba enterado de lo que sucedía.

—¿Verdad que tengo razón, Octi-tro? —insistió Enni.

—¡No me llames así! —gritó el otro—. Mi nombre es André.

—Bien, André. ¿Con quién estás tú? ¿Con Labarde y Prev? ¿Y si Kostlov toma el mando de todo? ¿Seguirás armado y con el látigo?

—¡Cállate y vuelve al trabajo! —exclamó Douai.

—Piénsalo bien, André. Y piensa en que esos hombres no vivirán mucho. Algún día dejaremos de ser esclavos. Más te vale ponerte de nuestra parte. Somos más y estamos más unidos. La desventura une mucho, André. Antes éramos felices, a nuestro modo. Aquí no mandaba nadie más que otro, no trabajábamos tanto como ahora, vivíamos en condiciones más humanas.

Douai vaciló por vez primera. Olga aprovechó la ocasión para intervenir, diciendo:

—Sin duda, Enni tiene razón. Es Kostlov quien está asumiendo el mando. Yo he sido enviada aquí por oponerme a sus despropósitos. Pierre y Antoine no han dicho nada. No me extrañaría que otros, de los que se dicen conservadores de la Tradición y la Ciencia, caigan también en desgracia y tengan que venir aquí, a trabajar.

Douai demostró miedo.

—¿Crees que puede ocurrir eso?

—¡Claro que sí! Ya está ocurriendo. Yo soy un ejemplo. Después vendrán otros. Y el final será la tiranía. Hace años, la madre de Anne Rye mató al primer tirano que tuvimos. Yo no había nacido aún. Pero se convino en que nada de aquello ocurriría jamás. Nadie tiene derecho a disponer de la vida de los demás. Ahora, esto se ha olvidado. Vosotros sois tan supervivientes como nosotros, tan humanos, tan de carne y hueso. Así piensa Anne Rye y pensamos algunos… No todos, desgraciadamente.

Douai, que había escuchado en silencio, se volvió a Enni.

—¿Quieres mandar tú, Primero? —¡Oh, no; nada de eso, Octi-tro! En mi familia no manda nadie. Pero reconozco que habrá de establecerse una ley, que sea igual para todos, sin distinciones, y que todos la cumplan.

—¿La ley? ¿Quién la hará?

—Todos —contestó Enni—. ¡Todos sin excepción! El viejo francés sonrió y repuso: —Correcto, Enni. Estoy contigo. Pase lo que pase, mi proyector láser está contigo. Ya habrás notado que no he utilizado jamás el látigo. Lo llevaba para intimidar. Cuando creas llegado el momento, avísame, ¿eh?

—Bien, Octi-tro. El momento llegará pronto. Ahora, Nin-zin-ra, sígueme. No te inquiete el trabajo. Es saludable. Aquí estarás entre verdaderos amigos.

*

Pierre Labarde recibió el disparo de luz cohesiva que le perforó el pecho de parte a parte. Al caer de bruces, sobre la mesa donde habían estado conferenciando un borbotón de sangre lo invadió todo.

Excepto el infeliz y equivocado filósofo, ninguno de los reunidos se movió de su asiento. Todos esperaban un trágico desenlace como aquél. Y el más afectado fue Antoine Prev, cuyo semblante se había vuelto mortalmente pálido. .

—¡Era inevitable! ¡Él se lo ha buscado! ¡Joseph, Jack, llevaos esa carroña de aquí!

Los dos jóvenes situados detrás del nuevo tirano se movieron hacia el muerto, al que levantaron y arrastraron hacia la salida.

Kostlov se volvió a Prev, apuntándole con el proyector.

—¿Quieres seguir apoyándole, Antoine?

—No, no... No es necesario. Después de todo, tú tienes razón. Los tres no nos hemos puesto jamás de acuerdo. Es mejor que gobierne uno solo.

—¿Por qué no lo dijiste antes? —acusó Kostlov.

—He reflexionado.

—¡Demasiado tarde, Antoine! —sentenció Kostlov—. No acepto tus excusas.

—Lo siento, Isaac. Yo no quería... Recordaba siempre lo que ocurrió con Herbert Lery.

—¡Han transcurrido más de veinte años desde entonces, Antoine, y hemos estado haciendo historia nueva! Vas a perder tus derechos de ciudadano privilegiado... ¡Y tú también, Tim Becket! —añadió Kostlov, volviéndose al otro hombre de la reunión que antes opusiera reparos a los métodos del asesino—. ¡No os necesito! Junto con la Marryat y Olga Glauber iréis a las obras. Elegid vosotros mismos. La

esclavitud o la muerte.

—Haremos lo que tú digas, Isaac —repuso Antoine Prev, poniéndose en pie.

—Dejad vuestras armas sobre la mesa.

Becket y Antoine obedecieron. El proyector de Kostlov y la sangre aún caliente que bañaba la mesa eran incentivos poderosos.

—Salid delante de mí. Los demás podéis volver a vuestros alojamientos. Espero que todos hayáis reflexionado bien. A partir de ahora, no habrá más autoridad que la mía. Y cuando yo fallezca, Joseph me sustituirá. Serán privilegiados los que estén conmigo y apoyen mi labor de gobierno, sin replicar. Los que traten de oponerse incurrirán en el delito de rebelión y serán condenados a muerte.

Isaac Kostlov estaba dispuesto a cumplir sus amenazas. Al fin se había librado de sus pusilánimes compañeros de triunvirato. ¿Qué le importaba si le llamaban tirano? Lo importante era poder desarrollar su teoría sobre los estatutos de la futura sociedad humana, en la que sólo habría un Jefe Supremo, que sería él, una oligarquía inferior, a sus órdenes, y una masa de siervos y obreros, de cuyas vidas y bienes él sería el dueño absoluto.

¡Nadie se podía oponer a sus designios, a partir de aquel momento! ¡El crearía una guardia eficaz y se-gura, eliminando al vigilante de origen francés que le impusieron sus compañeros!

CAPITULO VIII

La situación empeoró ostensiblemente a partir del momento en que Isaac Kostlov tomó el mando de los supervivientes, rodeándose de un grupo de jóvenes adictos, entre los que destacaba Joseph Mahl, quien iba ahora a todas partes armado de un impresionante fusil de rayos ultralumínicos.

Antoine Prev, Timothy Becket y Virginia Marryat se encontraban ya en las obras, trabajando junto a Enni y sus camaradas. También André Douai fue desarmado y destituido, de improviso, sin que pudiera hacer nada para impedirlo, siendo llevado a las zanjas, a trabajar con una pesada herramienta.

Todos aquellos cambios se produjeron inesperada-mente, aunque Enni ya los había previsto. Y tampoco adivinó lo que Kostlov iba a proponerle, al hacerle comparecer ante él.

Isaac Kostlov vivía en un edificio de ladrillo, levantado junto al hangar de plástico donde se guardaba la nave espacial. Aquel lugar había sido sede de la «troika» desde que fue construido, apresuradamente, por Enni y sus amigos. Se componía de seis salas, tres a cada lado de un pasillo, y era una tosca construcción provisional.

Ahora, Kostlov ocupaba una sala como despacho, donde se había colocado todo el mobiliario metálico traído de la Luna. Habían, además, diversos muebles extraídos de las excavaciones efectuadas en la antigua capital de Quito, ahora en ruinas y dominada por las malezas de la selva.

Enni, que había sido enviado a buscar por un joven correligionario de Kostlov, se presentó vestido con una camisa de hilo plateado, pantalones cortos, muy raídos, y botas de plástico, muy flexibles y resistentes.

—Pasa, Enni —dijo Isaac Kostlov, desde detrás de su mesa—. Toma asiento.

Enni, perplejo, obedeció, ocupando una silla metálica, de respaldo flexible, y mirando al nuevo amo con ojos entornados.

—¿Te extraña mi llamada? —empezó Kostlov.

—Sí. Ha habido grandes cambios en poco tiempo.

Kostlov sonrió y se retrepó en su asiento.

—Sí. Incompatibilidades. Labarde era un iluso. Prev es un cretino. Tú, en cambio, eres un tipo inteligente. Sé que me habrías matado, de haber tenido ocasión. Los obreros te respetan... ¿Quieres ayudarme a realizar una gran labor en beneficio de todos?

Enni se puso en guardia.

—Le estoy ayudando, Amo.

—Sí, lo sé. Te esfuerzas en tu trabajo. Pero no es eso lo que deseo de ti. Necesito un jefe político, un comisionado especial, directamente a mis órdenes, que controle y gobierne a todos los obreros.

»Quiero establecer jerarquías técnicas. Sé que esto será una labor ardua y duradera. Somos muy pocos. Pero hemos de sentar las bases del futuro.

—¿Qué es, en concreto, lo que desea de mí?

—Tu ayuda y la de los tuyos. No te puedo considerar un enemigo* Tú vales mucho, Enni. ¿Sabes lo que haré? —Kostlov sonrió abiertamente—. Me siento magnánimo. Voy a perdonar a Anne Rye. ¿Te gusta esa chica? ¡Ah, veo que sí! Será tu mujer. La haré venir de la Luna. ¿Qué te parece, Enni?

El joven se estremeció, pensando en lo que el otro iba a pedirle a cambio de aquella maravillosa concesión. Evidentemente, Kostlov había estudiado con calma su programa.

—Sí, la indultaré y será tu mujer —siguió diciendo Kostlov, con una sonrisa de benevolencia—. Anne Rye es una chica estupenda. Algo independiente, como lo fue su madre, pero muy inteligente, decidida y hermosa. ¿Sabes que Joseph la deseaba? Claro que no la pudo conseguir. Allá en la Base se respetaba mucho la independencia individual. Era una democracia un tanto insípida, obligada por las circunstancias.

»Aquí todo es distinto, Enni. La Tierra es amplia. Se irá poblando paulatinamente. Dentro de algunos siglos, podrán vivir aquí varios millones de seres.

—¿Le preocupa a usted lo que ocurra dentro de uno o dos siglos, Amo? —preguntó Enni, con una sonrisa burlona en los labios.

—Pues, sí. Me preocupa —respondió Kostlov, seriamente—. Lo que yo inicie ahora deseo que perdure siempre.

—¡Eso es imposible!

—¿Tú crees? Precisamente, por eso te he llamado. Tengo un procedimiento para que alguien de nosotros viva dentro de dos, tres o diez siglos.

Enni se quedó turbado,

—No le entiendo, Amo. -

—Me refiero a la hibernación. Tú, por ejemplo, puedes ser nombrado dirigente espiritual, jefe político y religioso de tu pueblo.

—¿Eh? —exclamó Enni.

—Sí, eres el que más ascendencia tiene. Lo que yo haga ahora, por supuesto, durará mientras yo viva o tenga autoridad para hacerlo acatar. Pero hemos de pensar en el futuro. Somos un reducido grupo de supervivientes, casi nada, solos en un planeta inmenso y lleno de nuevas posibilidades.

»Quiero que este planeta se llame Kostlov, quiero que mi memoria se venere siempre, y que mi dominio perdure mientras el hombre pise el globo.

»Yo sé que no voy a vivir mucho. Unos años más, a lo sumo. Y poseo los medios para realizar mi anhelo. Kostlov será algo nuevo y grandioso con el tiempo.

El megalómano se había puesto en pie y señaló hacia la ventana de vidrios metálicos.

—Ese centenar de seres que esperan de ti la señal para lanzarse contra nosotros puede ser eliminado, barrido, exterminado. Pero no me interesa. Deben trabajar, ayudarme en mis grandes proyectos. Los necesito, Enni.

»Por eso quiero hacerte esta proposición. Tu influencia sobre ellos es necesaria. No es conveniente retrasar mis planes.

Enni, sagazmente, empezó a considerar la posibilidad que se le ofrecía. En primer lugar, Isaac Kostlov, a cambio de su ayuda, liberaba a Enni-ra, lo cual era mucho más de lo que podía esperar del nuevo déspota.

Al parecer, sólo se pretendía obtener de él su mediación para obtener el control de los obreros, que ya tenían por la fuerza de las armas. Era, pues, obvio, que Kostlov perseguía algún otro objetivo secreto, dado que su proposición era pueril.

—No entiendo —observó—. Tiene cuanto desea de nosotros. ¿Por qué quiere mi consentimiento?

—Es importante que se institucionalice todo bien desde un principio. Lo mismo que yo he hecho con Pierre Labarde, pueden hacérmelo a mí. Cualquiera de mis actuales seguidores, en cualquier momento, puede dirigir su arma contra mí.

»Sería una locura si empezamos violando el esencial principio. Ha de existir una continuidad básica de por siempre o acabaremos convertidos en fieras, disparando unos contra otros.

»Admito que no cabían tres jefes en una comunidad tan reducida. Labarde y Prev intrigaban contra mí. Habrían acabado asesinándome. Por eso me he adelantado a ellos. Y no quiero que esto sea una costumbre.

»Tú y tus compañeros sois la fuerza viva y latente. Os quiero a mi servicio, pero no coaccionados por la fuerza, sino integrados en el interés común.

»En principio, se convino en imponernos por la violencia. Se os consideraba como salvajes a los que era preciso dominar con la fuerza. Por tal motivo, te elegimos, como jefe de la comunidad, para sufrir el primer castigo ejemplar. Doblegándote, lograríamos la sumisión de todos.

»Pero yo sé que, a la menor oportunidad, os lanzaréis sobre

nosotros, confiando en vuestra fuerza. ¿No es así? —Sin esperar respuesta de Enni, Kostlov prosiguió— r Ahora que no debo pedir parecer a nadie, creo conveniente emplear otra táctica más suave y benigna. Soy el más fuerte, pero sólo momentáneamente.

¿Por qué no hacemos un trato, Enni?

—¿Cuál?

—Ofréceme tu sumisión total, sin reservas. A cambio, dirigirás a los obreros, gozarás de mi consideración, poseerás a Anne Rye, y podrás vivir muchos años, en períodos más o menos breves. Tú serás mi heredero político-religioso.

»He aquí mi plan. Mientras yo viva, seré el Regente Supremo; a mi muerte, me sucederá Joseph Mahl, y luego quién designe éste. El gobierno será absoluto e indiscutible.

»Tú, mientras, serás hibernado junto con Anne Rye. Una cámara de hibernación automática, situada en algún lugar inaccesible, velará por vosotros, de suerte que, al cumplirse el plazo a elegir, volveréis a la vida y vendréis a ver cómo se ha desarrollado el programa previsto.

»Antes, por supuesto, hay que crear el clima propicio entre vosotros. Se os deificará, mitificará y se alzará un templo a vuestra memoria. Vais a ser como dioses sagrados, ¿entiendes?

»E1 pueblo tendrá así siempre presente el respeto que se os debe. Habrá temor porque se esperará vuestro regreso y porque podéis pedir cuentas de los errores o desviaciones cometidos...

—¡Eso es absurdo! —exclamó Enni, secamente—. Recuerdo el libro sagrado que Dix solía comentarme. Dios existe y está por encima de todos nosotros. A nuestra muerte nos pedirá cuentas a todos nuestros actos. ¿Y, quiere usted que yo haga el papel de pobre imitador suyo?

Isaac Kostlov frunció el ceño.

—Hace tiempo que los hombres renunciaron a ese mito.

—¡Y Dios tomó venganza destruyendo el mundo! —exclamó Enni.

—No quieres comprenderme. Para gobernar a los hombres debe reinar algo similar a lo que tú dices... ¡Y tú mismo puedes ser el mensajero!

»Sé que Anne Rye significaba algo excepcional para todos vosotros. Deseo que lo siga siendo. Ambos yaceréis en la cámara de hibernación, en cualquier lugar del cosmos.

—¡No acepto! —declaró Enni, tajante.

—¿No? ¿Sabes que tu negativa te condena a muerte, y condenas también a Anne Rye?

—No me importa. No traicionaré la fe que mis hermanos han puesto en mí. Sé que Dios nos ha permitido sobrevivir porque así daba una oportunidad a los hombres para corregirse. Si yo aceptase esa farsa, mi delito sería peor que el suyo, Kostlov.

»La humanidad sobrevivirá conmigo o sin mí. Y los hombres han de ser libres, hermanos, iguales, temerosos de Dios y respetuosos con sus divinas leyes.

—¡Eres un necio, Enni! ¡Hoy mismo morirás, en presencia de tus camaradas! ¡Joseph, Jack, lleváosle!

*

Enni fue amarrado a un poste. A todos los esclavos se les obligó a formar un semicírculo, para que fueran testigos de la ejecución que Kostlov pensaba realizar para ejemplaridad. Y, con el objeto de evitar un motín, dispuso a sus seguidores, provistos de armas, detrás del semicírculo, con órdenes de disparar a matar si alguien trataba de oponerse.

La más viva consternación reinaba entre los amigos de Enni, a quien habían amordazado para que no pudiera dar ningún grito de aliento o impulsar a sus seguidores a la rebelión.

Cuando todo estuvo preparado para la ejecución, Isaac Kostlov se presentó vestido con un rutilante uniforme dorado, y llevando su proyector fotónico en la mano derecha. 'Le seguía Joseph y una joven llamada Kitty Warr, ambos vestidos de plata y oro.

Situándose frente a Enni, Kostlov miró al cautivo unos instantes, con desprecio. Luego, giró sobre sus talones y miró hacia el semicírculo, donde estaban los obreros, entre los que se encontraba Antoine Prev, muy pálido, Virginia Marryat, Tim Becket y otros.

Set-ra y Exi-ra lloraban. Los hombres estaban tensos, amedrentados, pero si alguien les hubiera ordenado saltar sobre sus guardianes, dejándose matar para salvar a Enni, muchos lo habrían hecho.

André Douai, por su parte, estaba sombrío y ceñudo.

—Oídme todos. Enni, el Uno, va a morir —habló Kostlov, con voz vibrante—. Le he ofrecido mi amistad y ayuda, así como una larga vida para servicio del desarrollo social de todos vosotros y vuestros hijos. Pero él ha despreciado mi proposición. Ahora, tendréis un mártir. Yo seré un déspota o un tirano, me importa poco. Pero si me lo propongo, antes de morir acabaré con todos vosotros.

»Este mundo estaba condenado. Dios no hizo nada por nosotros. Nos abandonó. ¿Por qué hemos de resucitarle?

Kostlov parecía un loco perorando. Agitaba las manos, el arma desintegrante y se movía de un lado a otro, mirando a los cautivos, en especial a los que habían llegado de la Luna.

—Soy yo el que mando. Para vosotros no habrá libertad ni reposo. Trabajaréis por el alimento. Y al menor gesto hostil, haré con el que sea lo mismo que voy a hacer con Enni. ¡Mirad cómo le mato!

Isaac Kostlov se volvió hacia Enni y alzó su arma.

—¡Muere, estúpido! —aulló.

Más no pudo disparar su arma. Desde el muro del templo que se estaba construyendo a menos de cien metros, un dardo afilado hendió el aire, yendo a hundirse exactamente en el cuello de Kostlov, quien emitió un rugido y soltó el arma, para asirse al dardo, antes de caer de rodillas.

Consternados por aquel imprevisto desenlace, todos los rostros se volvieron hacia lo alto del muro de piedra, donde acababa de aparecer una figura semidesnuda, que agitaba un arco.

—¡No permitáis que maten a nuestro jefe! —gritó aquel individuo.

—¡Es Tro! ¡Ha vuelto! —exclamaron algunos de los amigos de Enni.

—¡Tro,. Tro! ¡Libertad! ¡Acabemos con todos ellos! —Fue el joven Zink quien profirió estos gritos, saltando ya hacia su guardián más inmediato, al que pudo sujetar el arma, mientras le golpeaba con la rodilla.

Los otros, enardecidos también por el alarido de rebelión, accionaron como un solo ser, yendo hacia sus verdugos armados. Pero no se pudo evitar que algunos hicieran uso de sus proyectores fotónicos y que dos de los esquimales amigos de Douai cayeran segados por los destructivos rayos de luz.

Virginia Marryat, con ambas piernas segadas por un disparo, cayó al suelo. Pero antes de perder el conocimiento —¡y poco después la vida, a consecuencia de sus heridas! —pudo vociferar:

—¡Aniquilad a esos perros sanguinarios!

Joseph disparó su arma hacia lo alto del muro. La descarga iba dirigida a Tro, pero éste se había lanzado a un saliente inferior, ágil como un mono, y ahora saltaba al suelo, corriendo hacia el tumulto, provisto de un cuchillo de grandes proporciones.

Entre las piedras del edificio en construcción, salieron Vent y un grupo de hombres medio salvajes, todos armados con largas y puntiagudas lanzas.

Nadie había visto a tales hombres anteriormente. Se habían acercado subrepticiamente al lindero del bosque y permanecido allí ocultos hasta que vieron lo que Kostlov se proponía. Entonces, se deslizaron, siguiendo órdenes de Tro, hasta la obra, sin ser vistos. Y el grito de ataque del arquero sirvió para lanzarlos a la lucha.

Algunos fueron heridos y muertos por lo rayos de luz. Pero otros continuaron corriendo y arrojaron sus azagayas con extraordinaria precisión, alcanzando a los sicarios de Kostlov, que también eran atacados a golpes por mujeres y hombres del roto semicírculo.

En medio de aquel tumulto, Joseph y Kitty Warr trataron de huir. Antes, empero, el odioso Joseph trató de ejecutar al incapacitado

Enni. Fue un pensamiento fugaz, que trató de realizar sin éxito, puesto que cuan-do volvía su arma hacia el joven cautivo, C-tro saltó sobre él, derribándole. El arma desintegrante que empuñaba Joseph se disparó hacia el suelo... ¡Y parte de la pierna del sucesor de Kostlov se vio segada por el fatídico rayo desintegrante!

El alarido que dejó ir Joseph pareció apagar los gritos de los contendientes.

Kitty Warr proyectó su haz lumínico sobre la cabeza de C-tro, desintegrándosela. Pero 'no pudo hacer nada más, porque una lanza, arrojada por la mano certera de uno de los recién llegados, se le hundió en el costado, hiriéndola de muerte.

Por su parte, Nin, Oct, Olga y otros fueron a proteger a Enni, escudándole con sus cuerpos. Seis o siete de los camaradas de Enni atacaban a la vez a los guardianes, desarmando a unos que no tuvieron valor para emplear sus armas, hiriendo a otros, aun a costa de perecer, y logrando, en pocos segundos, dominar la situación.

Vent y Tro, con sus guerreros salvajes, no habían podido ser más oportunos, apareciendo en el instante crucial.

Cuando Enni fue liberado de sus ataduras, apenas si tuvo tiempo para caer en brazos de sus compañeros desaparecidos, llorando y riendo de alegría.

—Fue Enni-ra la que me habló en sueños —explicó Tro—. Ella me dijo donde encontraría a Grub y su tribu... ¡Ahí los tienes! ¿No son magníficos?

Grub había muerto de un disparo de luz al vientre. Enni contempló sus restos, poco después, con hondo sentimiento.

—Era un valiente —dijo Vent—. El capitaneó a sus hombres desde que murió su padre, luchando contra una fiera. Son nómadas. Hace años que viven de la caza.

—¿Cómo habéis podido traerlos? —preguntó Enni.

—Tro demostró ser mejor cazador que ellos, utilizando el arco y las flechas. Grub le abrazó.

—¿Y cómo os habéis entendido con ellos?

—Eso no lo sabemos. Creo que Enni-ra, desde allá arriba, tuvo algo que ver con ello —repuso Tro—. A mí me habló en sueños. Y lo mismo hizo con Grub.

Enni ordenó llevar los muertos al bosque, para que sus restos sirvieran de alimento a las fieras. Desde un principio, se consideró que los animales tenían tanto derecho a la vida como los hombres. Y una vez muertos éstos, dado que vivieron de los seres inferiores, debían devolverles lo que les tomaron.

Se organizó un funeral, colocando a los muertos en semicírculo, en medio del bosque. Allí, Enni invocó al cielo, pidiendo gracia para los fallecidos.

—Enni-ra, te ruego que intercedas por las almas de nuestros hermanos muertos —pidió Enni, solemnemente—. Pide a Dios que perdone a todos el daño que hayan hecho-y que se cumpla siempre la voluntad divina.

Los que antes habían apoyado a Kostlov y ahora estaban desarmados no daban crédito a lo que oían. Se les pidió que permanecieran allí, libres. Podían irse, si lo deseaban, e instalarse donde quisieran.

—Primero rogaremos por los muertos. Luego, que cada uno elija el camino que más le convenga. Aquí no habrá armas que amenacen a nadie. Tampoco vamos a exigir responsabilidades, puesto que el culpable ya ha muerto.

—Yo me quedaré con vosotros —dijo Antoine Prev—. Si me aceptáis.

—Ya te habíamos aceptado, Dix-zen-tro —repuso Enni.

Aquél era el miembro doscientos cuatro de la nueva especie humana. Un número definitivo, un ser, una entidad, una parte de la nueva historia del mundo… ¡La nueva creación de Dios!

CAPITULO IX

Jack Philby, el astronauta sexagenario, se volvió a su compañero de viaje, sonriendo, y preguntó:

—¿Qué te parece la Luna, vista desde aquí?

¡Sorprendente! ¡Jamás imaginé que pudiera ser así!

En la pantalla telescópica, el relieve selenográfico aparecía con su marcado contraste de luz y sombras, su coloración grisácea, violenta y atormentada ; por siglos de desgaste cósmico.

—No fue un mundo afortunado —explicó Philby—. Secuestrado por la fuerte atracción terrestre, ha gira-do durante cientos de siglos en torno a nosotros, sin más misión que la de influir magnéticamente en todo lo inestable de nuestro globo.

«Astrológicamente hablando, la Luna es de influencia nostálgica. Ejerce atracción sobre las mareas, regulando el enlentecimiento de nuestra marcha heliocéntrica; también influye en el nacimiento de todos nosotros, regulando los períodos de fecundidad.

Ante la expresión de asombro de Enni, Philby son-rió:

—Nosotros hemos vivido muchos años en la Luna y una generación no es suficiente para modificar nuestro metabolismo. De haber continuado habitando la Base IV, al cabo de varias generaciones habríamos sufrido mutaciones fisiológicas notables. Por supuesto, eso no ha ocurrido porque la Base reproduce artificialmente casi las mismas condiciones biológicas y físicas de la Tierra, de lo contrario no habríamos podido sobrevivir.

»Hemos realizado estudios muy interesantes. Por ejemplo, aquí nadie padece afecciones cardíacas, ni arterioesclerosis. En cambio, habremos de tener mucho cuidado con nuestros hijos nacidos aquí, porque la vida al aire libre, en la Tierra, les puede perjudicar mucho.

«Yo mismo he sentido efectos angustiosos durante el tiempo que llevo con vosotros.

»Se supone que el hombre es un complejo orgánico adaptable al medio en que vive. Los cambios, por supuesto, perjudican a unos más que a otros.

—¿De dónde venimos, Philby? —preguntó Enni, secamente.

El semblante del otro se ensombreció. —No se sabe. Hay muchas teorías y especulaciones. Sin embargo, la creencia científica general de los etnólogos es que procedemos de lejanos, antiguos y desaparecidos mundos.

—Es decir, ¿que venimos de otra galaxia? —No cabe más explicación que ésa. Los mundos nacen y mueren, igual que nosotros. Pero en la transformación que sufre la materia y la energía no es

posible hallar el origen de la vida. Hay algo más que se encuentra en lo que llamamos dimensiones superiores. He ahí el origen espiritual de los seres humanos.

—¿También en el de los animales? —preguntó Enni. —Forzosamente hay que admitir que a su escala racional, ellos también poseen parte de espíritu. No, Enni; al morir cada uno de nosotros —añadió Jack Philby, muy serio— no puede acabar todo. Tendemos a la inmortalidad, a la supraespiritualización, al ser superior. Y somos partes infinitas de un conjunto supremo.

»Todo esto no está demostrado. Sólo conocemos parte del ciclo que nos pertenece. Nacemos por condicionamiento hereditario. Adquirimos corporeidad a través de la materia orgánica que nos rodea. Creamos, mientras vivimos, un cuerpo o envase y un espíritu. Pero al morir, no todos los espíritus han alcanzado el mismo nivel apto para alcanzar el ciclo superior o siguiente. La materia se descompone, se vuelve a componer, se diluye en el laboratorio químico de esta dimensión, y termina formando las células vivientes de otro ser, quien, posiblemente, pueda alcanzar el ciclo prometido.

»E1 tiempo carece de valor. No existe y es infinito al mismo tiempo, aunque parezca incongruencia. Así, nacen continuamente mundos y seres, procedentes de la misma materia que antes formó otros mundos y se-res, disgregados por las corrientes magnéticas del cosmos.

»Nuestro Sistema Solar se formó hace millones de siglos, en el continuo avatar de la galaxia. Algún día, todo se desintegrará y será lanzado y disperso por el universo. Será polvo cósmico que se atrae y se repele a un tiempo, creando un equilibrio dinámico. Habrá condensación atómica, y se formará otra galaxia. No importa el tiempo. Y sus átomos serán los átomos de algunos de nosotros, de nuestras cosas, de esta nave.

—¿Y el hombre?

—Irá cambiando, adaptándose a nuevos ambientes, a nuevas temperaturas, perfeccionándose en su continua aventura.

»Por ejemplo, Enni, piensa con amplitud. Hace billones de siglos el hombre como es ahora no existía en este sistema. Pero podía existir, con otro aspecto, en otro lugar distinto.

»Debió alcanzar estados superiores, culturas y civilización superior. Pero también pudo desunirse, como hacen los hijos de una familia, al alcanzar la mayoría de edad, creando así nuevas familias, costumbres distintas, hábitos diferentes.

»Ese puede ser el origen de las desigualdades humanas, tanto en nuestra raza como en las que llegaron antiguamente de Marte, pongo por ejemplo.

—¿De Marte? —se sorprendió Enni, mirando a su compañero de

viaje.

—Sí, ¿por qué? Hemos calculado, por los hallazgos arqueológicos encontrados en el planeta rojo, que hace cien mil años, Marte era un planeta habitado por una civilización intermedia, similar a la nuestra.

»Deimos y Phobos, los satélites de Marte, son res-tos de satélites artificiales. La Luna fue base intermedia, cuando la emigración marciana, y lo será algún día, cuando nosotros hayamos de abandonar la Tierra para ir a instalarnos a Venus, cuyas condiciones ambientales están acercándose ya, debido al paulatino enfriamiento del Sol, a las que reinaban en nuestro mundo cuando vinieron aquí los marcianos.

Enni escuchaba atentamente, con aquella peculiar forma suya de aprender ávidamente todo lo que pudiera ilustrarle.

—Sí —prosiguió Jack Philby—. El Sol consume millones de megacurios en su fisión nuclear. Se gasta, irradia menos y sus radiaciones nos llegan cada vez más débiles.

»Es posible deducir de esto, pues, que la humanidad se instaló en los planetas más alejados del sistema, a su llegada, en Plutón, por ejemplo, o en otro mundo ya escapado de nuestro alcance. Así, tras varias evoluciones y retrocesos, fue saltando de mundo en mundo, para mantener siempre constante la temperatura que necesitaba para la vida.

»Urano, Neptuno, Júpiter, Saturno, lo...

—¿lo? —preguntó Enni, perplejo.

—Sí, un planeta que se supone existió donde ahora está el cinturón de asteroides, entre las órbitas de Marte y Júpiter lo es un nombre mitológico. La leyenda asegura que lo alcanzó una civilización más floreciente que la nuestra, pero su mismo poderío sirvió para destruirlo. Sus restos giran aún por el sistema, convertidos en informes masas pétreas, y sería conveniente estudiarlos, por si quedan huellas de la civilización desaparecida.

»Algunos debieron escapar e instalarse en Marte. Los más resistentes al calor solar, pudieron venir a la Tierra. Y nosotros, evadiéndonos, al fin, de nuestro mundo, vamos a Venus.

—Entiendo —admitió Enni, pensativo—. Los hombres tienen poder para destruir su propio mundo Hubieron muchos Kostlov.

—Exactamente. Seres de mentalidad reducida que sólo buscaban su comodidad y egoísmo en una existencia efímera y transitoria. Hubo también otros que clamaron la verdad divina, el ilimitado poder del Dios Único y superior. Pero no fueron escuchados jamás. El hombre es infinitamente pequeño, insignificante, mezquino.

Enni no respondió. Estaba viendo el suelo lunar ascender hacia la astronave. Pensó en todo lo que había escuchado de un hombre de sesenta y cuatro años, que pasó la vida estudiando y reflexionando sobre verdades inmutables, y también pensó en Enni-ra, a la que

pronto iba a tener en sus brazos. Y se dijo que ella y Philby pensaban de un modo parecido.

—¿Existe Dios? —preguntó, al cabo de un rato.

—¡Por supuesto! —exclamó Jack Philby—. ¡Sin El no existiríamos nosotros!

Era una verdad inconmovible, exacta como el mismo concierto universal, irrebatible, puesto que Enni comprendía que los hombres, en todas las épocas, lugares y formas, eran una parte infinitésima de Dios, sus hijos, las partes del padre, fracciones de la unidad absoluta.

Y se sintió contento. Sabía que Pierre Labarde encontraría algún día la verdad; Isaac Kostlov, desintegrado y vuelto a nacer, con otro aspecto y otro pensamiento, tenía oportunidad de alcanzar el ciclo espiritual superior... ¡Incluso los más ignorantes bosquimanos, los amigos de Grub, Quik-ra, Dix, Joseph Mahl, todos, sin excepción, llegarían, por encima del tiempo, a encontrarse y comprenderse!

*

Enni-ra abrazó una vez más a Enni. Hubo de hacer un esfuerzo, dado lo abultado de su vientre. Estaba radiante y henchida de alegría. A su lado, el doctor Karl Schwergen mostraba su dentadura algo estropeada, hablando con Enni y Philby a un tiempo.

—¡Fue una acción magnífica! ¡Lo presenciamos todo con el telescopio de Clayson! ¿Captaron Tro y Grub nuestros mensajes? ¡Pobre Grub! ¡Era un magnífico Ur-sus, primitivo y salvaje, pero de sano corazón!

—Le doy las gracias por todo cuanto ha hecho por nosotros, doctor Schwergen —dijo Enni—. Sin sus procedimientos de teleemisión mental, no habría podido comunicarse con nosotros.

—Eso se lo debes agradecer a Anne —repuso el hombre de ciencia —. Son los poderes extrasensoriales de ella, su mediumnidad y facultades paranormales, lo que nos ha permitido dirigir tu mente y enseñar a tu subconsciente en lo que era necesario hacer.

—Sí, Enni —añadió Anne Rye—, Cuanto ha sucedido no es fruto de la casualidad. Tenía que suceder así. Nuestro regreso a la Tierra, para iniciar el nuevo período histórico, había de estar precedido de cierta inestabilidad. Todos nosotros estábamos aquí por azar.

»Se debía seleccionar al hombre, porque volver a los antiguos métodos habría sido una negación monstruosa del cambio. Sabemos que la Tierra es otra. Sus habitantes han de ser distintos también.

—Vais a partir de cero, Enni —agregó Karl Schwergen—. A partir de ahora, el futuro de la humanidad os pertenece.

Mirando en derredor los objetos de la Base IV, hogar que había sido de un grupo de experimentadores, Enni recordó la proposición

que le hizo Isaac Kostlov.

Se volvió a Enni-ra y le dijo:

—Estaba pensando en Kostlov. Incluso un necio como él podía tener ideas grandiosas.

—¿Qué quieres decir, Enni?

—Sugirió que tú y yo podríamos dormir largos años y despertar luego para supervisar el desarrollo de la humanidad.

—Sí, lo sé. Pero esa idea no pertenece a Kostlov... ¡Fue mi madre la que la sugirió, hace muchos años! —respondió la mujer.

Karl Schwergen tomó a Enni del brazo y le llevó hacia el pasillo que conducía fuera del hangar de recepción, donde se hallaba la astronave.

—Ven, Enni. Venid todos. Te enseñaré algo que es factible de realizar. Se trata de la cámara de hibernación automática. Está en el laboratorio de biología.

—Para realizar ese proyecto, al que no tengo inconveniente en someterme contigo, una vez haya tenido a mi hijo y cuidado en sus primeros pasos, hay que preparar las conciencias de todos nuestros semejantes —dijo Anne Rye—. Mi madre pensó en hibernar a tres grupos de seres, de suerte que siempre hubiera algunos velando y creando el desarrollo humano.

—¿A qué estamos destinados? —preguntó Enni.

—Si supiéramos eso, el plan de la creación estaría desvelando —repuso Jack Philby—. ¿No es así, doctor Schwergen?

—En esencia, sí, amigo mío.

Llegaron ante una puerta electrónica, que se descorrió al acercarse el grupo. Detrás había un moderno laboratorio, dividido en departamentos.

—Aquí hemos trabajado durante muchos años —explicó Schwergen—. Detrás de esa pared de polivitrex está la cámara de hibernación experimental. Venid.

Entraron en una sala de recios muros, en cuyo centro había algo parecido a un sarcófago transparente, con capacidad para tres o cuatro personas.

—Este ha sido el sueño de la humanidad, durante siglos. Aquí se puede yacer todo el tiempo que se quiera, a justando los reguladores a un control de tiempo. El organismo se enfría y la vida queda en suspenso, deteniéndose la función biológica.

»Transcurrido el tiempo prefijado, se disparan los reíais y la cámara se pone en funcionamiento. En pocos días, la vida vuelve a reanudarse en el organismo. Entonces, se abre la cámara y se sale al exterior, como si no hubiera pasado nada.

—¿Excepto que han pasado varios siglos?

—Exacto, Enni., Como experiencia biológica, se ha realizado ya.

Han tenido que corregirse desarreglos sicológicos, porque la vida no pasa en vano. Adaptarse de nuevo al medio social no es fácil. Todo ha cambiado.

—Todo puede cambiar —dijo Enni, pensativo—, porque es consustancial al propio progreso. Pero la esencia misma de la vida, eso no puede cambiar jamás. La humanidad debe tender a su perfección, no a su desintegración.

—La idea es buena —admitió Schwergen—. En el supuesto que los hombres vuelvan a conducir al mundo al borde del abismo, y que desaparezcan todos, sin excepción, esta cámara debe permanecer incólume con su contenido humano, porque ello es una garantía de continuidad de la especie.

—¿No hay otras especies inteligentes en el cosmos? —preguntó Enni.

—No tenemos seguridad absoluta de ello. En la duda, pase lo que pase, debemos procurar conservar la nuestra.

—Yo sé lo que la Familia piensa de mí, Enni —dijo Anne Rye—. Y no hay que perder ese espíritu mágico.

La razón tiende a la superstición. La misma lógica del cotidiano hacer crea la fantasía. El hombre necesita soñar, como necesita beber y comer.

»No me importa que empecemos haciendo creer a muchos que representamos un símbolo de continuidad de la especie. Nadie sabrá dónde estamos, pero sí sabrán que volveremos.

»En cierto modo, debe ser como las antiguas profecías. La humanidad nos mitificará. Tendrá una norma a seguir, que dejaremos bien establecida. Y nadie podrá desviarse. Si lo hacen, a nuestro regreso lo enderezaremos.

—¿Cómo? —quiso saber Enni.

—Somos el Uno, el Primero. De nuestro número parte todo —dijo Enni-ra—. Volveremos cuando vivan los «Millón-Enni». Veremos a nuestros descendientes. Sabrán quiénes somos. Y aunque muchos se hayan desviado, otros se pondrán de nuestra parte para conservar la Tradición.

—Eso será tanto como crear una religión nueva —observó Jack Philby.

—Religión, credo, constitución, tradición o como quieras llamarle, todo es lo mismo. El espíritu, la esencia, lo profundo y verdadero es lo que interesa —dijo Enni-ra.

—Entonces, ¿estáis dispuestos? —preguntó Karl Schwergen, emocionado.

—Sí —dijo Enni—. Yo haré lo que haga ella.

—Pediré a Bill Clayson que establezca una órbita heliocéntrica. Prepararemos la cámara en la astronave. Partiremos para el viaje de

dos siglos, o el tiempo que calcule Bill. Luego, al despertarnos, regresaremos.

—¡Magnífico! Ahora, volvamos a Paradís. Hay mucho que arreglar y preparar allí.

*

«No matar, excepto para vivir —escribió Enni, para que fuese esculpido en las columnas del tembló—. No odiar. Perpetuar la especie. Nuestro destino está en el infinito. No injuriar. No ambicionar. Educar a los hijos. Respetar al anciano y cuidarle. Si no lo hicierais, nosotros volveremos y os pediremos cuentas.»

El día anterior, durante el entierro de Octi-tro, aquel antiguo francés llamado André Douai, Enni y Enni-ra, vestidos con trajes negros, habían hablado a la Familia.

—Octi-tro ha muerto —dijo Enni—. No fue un gran hombre, pero sí fue un ser humano. Todos le conocíais Como él, con sus cualidades y defectos, somos todos los demás.

»Mi esposa y yo vamos a irnos pronto. Os dejamos a nuestro hijo, Dix-zen-octi-six, que será un hermano más, un miembro de la familia, sin privilegios.

»Pasará el tiempo y, como nos ha dejado Octi-tro, nos dejaréis vosotros. Enni-ra y yo no estaremos aquí para acompañaros al bosque sagrado. Pero nos acordaremos de todos vosotros por las obras que veamos hechas, las que perduren y las que hayan sido destruidas.

»El templo, en cambio, perdurará siempre, en su mismo emplazamiento, porque es la representación de todas nuestras ambiciones. Si alguna vez cae, levantadlo de nuevo tal y como lo hemos hecho nosotros, con las manos, con esfuerzo, con sudor y fatiga. Es nuestro símbolo sagrado, el lazo perenne de que aquí se inició la humanidad después del Gran Desastre.

»Significará que Dios nos ha dado una nueva oportunidad. Y no debemos desaprovecharla, porque nuestro símbolo sagrado, el lazo perenne de que aquí se so, más maravilloso que la luz, y ni la imaginación puede concebirlo.

»La vida es tránsito, hermanos. Hay que nacer, crecer y morir. De esa sucesión continua de seres se ha de formar el Gran Espíritu cósmico. Todos contribuimos a la historia, a la consecución del triunfo; unos con un grano de arena, otros con una montaña de piedras.

»Ha de haber unión, porque todos somos exactamente iguales. Destronar a quien trate de encumbrarse sobre los demás. Permaneced siempre unidos y así tendréis fuerza para llegar a realizar vuestro destino.

»Que nadie se acongoje, ni se acobarde. Ayudaos los unos a los otros y el que no tenga fuerzas, sostenerle entre todos.

»No os digo nada nuevo. Siempre se dijo así, pero nunca se hizo. Pensad que nosotros volveremos, por-que no nos vamos, como Octitro, para no regresar jamás. Vendremos y pediremos cuentas a vuestros actos.

»Nos habéis jurado cumplir el pacto. Hacédselo jurar a vuestros hijos, a vuestros nietos. Que no se pierda el número, que se lleve un registro de todos, para que cada uno esté inscrito en la obra del hombre.

»Y si así lo hacéis, cuando el espíritu supremo nos reúna, gozaremos del deber cumplido. Eso haréis y seréis recompensados.

»Id con Dios, hermanos.

FIN